

# COMBATE Á PIE

DE

## LA CABALLERÍA

POR

D. ELISEO SANZ BALZA,

OFICIAL DEL ARMA



VALLADOLID

Tipografía y Casa editorial Cuesta,  
Macías Picavea, núms. 38 y 40.

G-F 8963



Escuela de la Caballería

COMBATM A PIE



CABALLERIA

DE EUSEBIO SANZ BOLZA

t. 1800168

c. 73849673

96

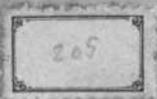
211

Publicaciones de la «Revista de Caballería»



# COMBATE A PIE

DE LA



# CABALLERÍA

POR

**D. Eliseo Sanz Balza,**

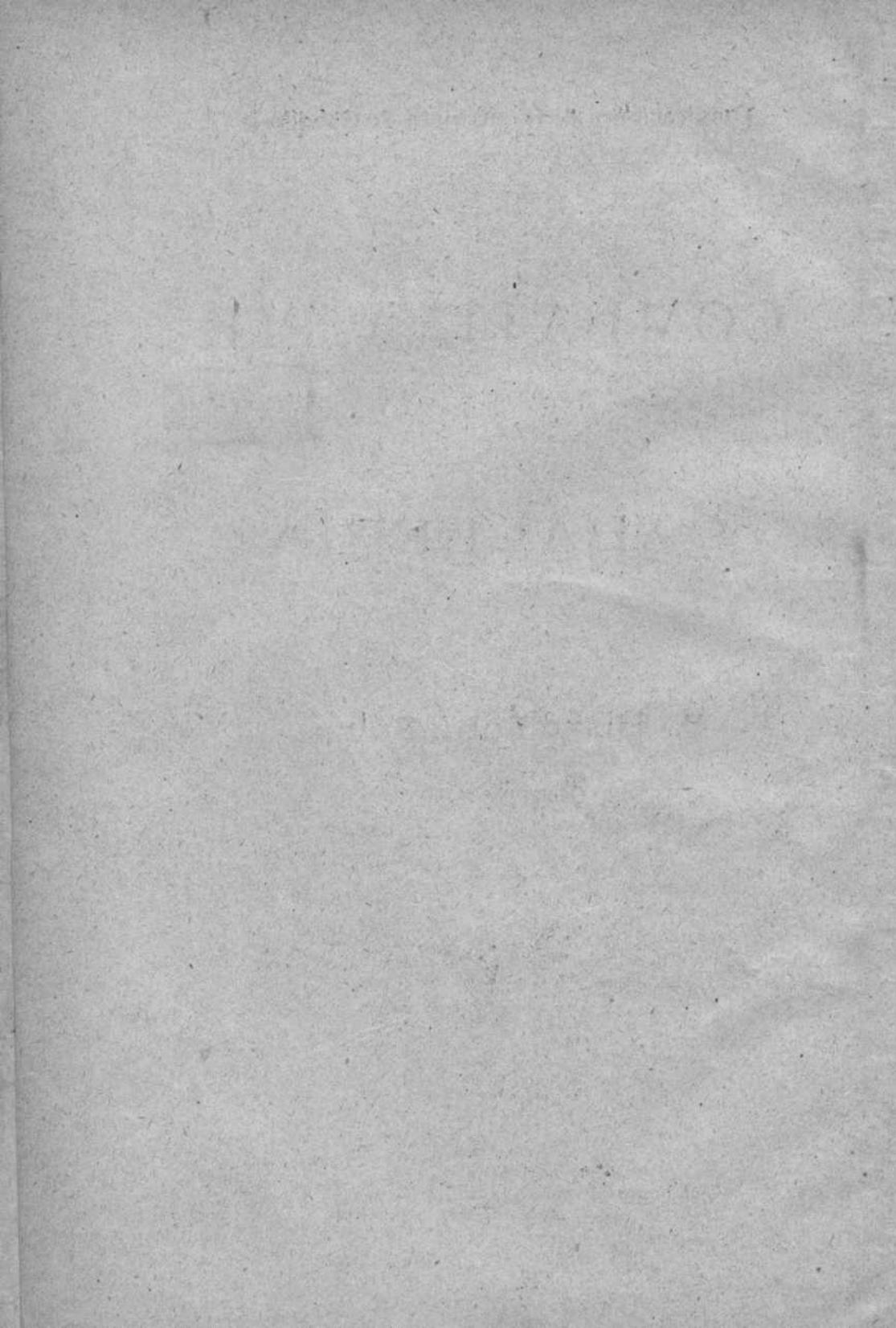
**Oficial del Arma.**



VALLADOLID

Tipografía y Casa editorial Cuesta,

Macías Picavea, núms. 38 y 40.



Al Excmo. Sr. D. José D'Harcourt Moriones, General  
de Brigada, Ayudante de Campo de S. M. el Rey.

Siendo V. E. uno de los jinetes menos partidarios del **Combate á pie**, le dedico este estudio sobre tan debatido asunto, esperando que las ideas en aquél contenidas sean de su agrado y deseando, aunque dudo del éxito á causa de mi falta de autoridad, que las siguientes páginas convencerán á no escasa parte de nuestros oficiales del peligro que para el Arma encierra la exageración en el empleo del combate por los jinetes desmontados.

Queda á sus órdenes su afmo. s. s. y subordinado,

Eliseo Sanz.



---

# COMBATE A PIE DE LA CABALLERÍA

---

## INTRODUCCION

---

Como todo asunto que apasiona, hay que tratarlo con la mayor dosis de imparcialidad.

No se trata de cerrar despiadadamente contra cuantos crean que esta lucha es la que proporcionará días de gloria á la Caballería; no hemos tampoco de afejar la conducta de los que suponen que el combate á pie es causa de desprestigio para el Arma y motivo de que se vaya pensando en la substitución de nuestros regimientos por núcleos de infantes, con instrucción especial, cuando la exageración no llega á temer que releve á nuestros escuadrones cualquier compañía sin adiestramiento particular.

Busquemos para nuestros razonamientos un justo medio y veamos si nos es posible censurar sin herir; defender sin ceguera y proponer una forma de combate que abarque muchas ventajas, sin contar con grandes inconvenientes.

El programa es halagador; lo malo es que quedará incumplido.

Para evitarlo en lo posible dividiremos el estudio en tres partes: Crítica de las ideas que en el extranjero, y en España, dominan acerca de tan discutida cuestión y empleo y realización del combate con la menor apariencia de lucha de infantes, es decir, abdicando lo menos que posible sea del espíritu jinete, que informar debe todos nuestros servicios y hechos de guerra.

# I

## CRÍTICA DEL COMBATE A PIE

---

### La opinión en el extranjero.

---

1. Resumiendo muchas opiniones extranjeras que se transparentan muy ostensiblemente en trabajos que ven la luz en importantísimas Revistas militares, extractamos los conceptos más demoleedores contra *l'esprit cavalier*, extrañando no poco que de Francia, de la nación de los famosos jinetes, surjan estas deserciones morales de un pasado de gloria y que de país que tanto culto rinde á la Caballería salgan teorías que tan directamente la perjudican, encaminando las corrientes de opinión, las ideas y los pareceres de núcleos sobrado numerosos de escritores, por rumbos nuevos que, de persistir, traerán consigo la debilidad de la potencia ofensiva del Arma, transformándola con lentitud, pero sistemáticamente, en Infantería á caballo.

2. Desacreditadas se encuentran ya por causa del abuso, esas reseñas históricas con que un autor pretende mostrar con ejemplos la bondad de una teoría por él expuesta y defendida.

Sabido es que de esas reseñas se excluyen todos los hechos que prueban lo contrario de lo que el escritor se propone. De este modo se logra el efecto y como no hay discusión posible entre el autor y el lector, aquel queda conceptualizado de veráz y el segundo debe convencerse de

la doctrina expuesta, pues que la sostiene, afirma y defiende una porción de acciones de guerra favorables, á las que, por el momento, no hay que oponer serie alguna de descalabros.

Nos sugiere estas consideraciones una de esas reseñas, breve por fortuna, en que un autor francés anónimo, pero *enragé* por la lucha que discutimos, trata de hacerla creer indispensable y única dispensadora de éxitos y bienandanzas. A través de la historia de la Caballería nos muestra las ocasiones varias en que los dragones, ó fuerzas similares, han conseguido por sí, y por su particular empleo, triunfos tales que hacen pensar en si realmente resulta equivocada la organización del elemento Caballería en los ejércitos. Algo se tranquiliza el ánimo jinete cuando perdura el Arma á pesar de los jefes que en el combate la han llevado al sacrificio estéril; á pesar de la pobreza de unos países; el terreno en otros; los celos, en algunos, de otros organismos guerreros; á pesar, en fin, de los enérgicos que el Arma tiene, enemigos que en la lucha por la preponderancia, lucen distintos emblemas que el jinete; mas recientemente, y en virtud de ideales que son á los puros y gloriosos de la Caballería lo que los seres monstruosos á la humanidad, visten á aquellos enemigos el mismo uniforme cuyo brillo quieren reducir.

Decimos esto al leer que un jinete confiesa convencido que nuestra importancia en la lucha decae por causa del armamento y busca la compensación en el combate á pie.

Nos habla de sus triunfos haciendo desfilas ante nuestros ojos los ballesteros y arcabuceros de Carlos VII, Luis XII y Francisco I y los de Enrique II, utilizados en las retaguardias y, francamente, cuando se manejan fusiles de calibre mínimo, cuando los cañones actuales son un prodigio de rapidez, cuando tiene la Caballería misiones tan esenciales, tan artísticas que cumplir, la retrogradación á los tiempos del arcabuz no puede probar nada ni convencer á nadie. ¿Que se usaban arcabuceros para contener al enemigo en una infortunada retirada? pues bien, que los imiten hoy nuestros dragones, nuestros húsares y cazadores, oponiendo el fuego de sus carabinas al horrible de las piezas rápidas y al avasallador y

continuo disparar de cientos de infantes con sus magníficos repetidores....

Y no obstante la cita de algunas funciones favorables en los sucesivos ejércitos de Enrique IV, Turena y Luis XV, los dragones se fueron convirtiendo paulatinamente en soldados de Caballería, en toda la extensión de la palabra.

Napoleón era favorable al empleo á pie de los jinetes, no extrañando que en ejércitos tan considerables como los suyos una mínima parte de la Caballería tuviese aquella misión por especial, sin que dejase de funcionar normalmente unida á los admirables jinetes de Kellerman, Bessières, Canlanicourt, Murat, Latour-Maubourg..., hasta el punto de que hechos á cabo llevados por dragones se obscurecen ante los portentosos éxitos de *la Caballería á caballo* y en grandes masas.

Otros ejemplos se citan en las campañas de la primera mitad del pasado siglo que nada dicen de convincente al caso que se debate; pero en virtud de la multiplicidad de los ejemplos, hacen los impugnadores de la acción del Arma, como tal, fuerte hincapié en la guerra de secesión y no omiten en la grán revista histórica la organización, armamento y combates de los jinetes sudistas, utilizando más que el sable, la pistola y sosteniendo que Stuard, en los imponderables raids, se abría paso entre el enemigo merced al uso de redes de tiradores desmontados y desplegados al frente de las masas montadas.

No cede el nordista Sheridan en fe por el combate desmontando y, ya en alas de la fantasía, resulta decidir la batalla de Ceda Creek el fuego de los jinetes, é igual efecto logran más tarde en Five Forks y después en la capitulación de Dauville. Ciertamente que en estos notables hechos de armas, sobre todo en el último, supo la Caballería, hábilmente dirigida por Sheridan, cortar la línea de retirada de los sudistas, pero en ello hemos de ver antes que los efectos del fuego los de la sorpresa y el envolvimiento.

De esto á atribuir al combate á pie los grandes éxitos relatados, hay gran distancia que anulan los escritores de la nueva escuela entusiasmándose ante las tres líneas del orden de combate en que se situaban los escuadrones

centrales, protegidos por guerrillas procedentes de los escuadrones extremos.

El fuego avanzando tenía su fin cerca del enemigo; á poca distancia de él se concentraban sobre la más avanzada las otras dos líneas, montaban y daban la carga, jugando el revólver el papel principal y el sable el secundario.

Ya puestos en tal pendiente, se afirma que la Caballería luchaba como tal, cuando no podía hacerlo como infantería.

3. Verdadera estupefacción nos causa la incomprendible conducta de las naciones europeas. A la vista de tales éxitos, de procedimientos tales que excluyen toda posibilidad de vencimiento, no saben romper con tradiciones, no por gloriosas, indignas de perdurar, y siguen prestando atención, cuidados, dinero y desvelos del genio á la organización, aumento y mejora de la Caballería, sin al parecer parar mientes en que esta Arma ha llegado al ocaso de su carrera debiendo cerrar la primera parte de su historia y continuar la de sus regimientos en la de los bizarros batallones de infantería.

Pero ocurre lo contrario; se suceden las guerras de Crimea, las de Italia, la austro-prusiana, la de Africa, nuestras contiendas civiles, la guerra, rica en enseñanzas, del 70 y en todas ellas lucha la Caballería *á caballo* y así se vence en Sadowa, en Lombardía, ó se cae con honor en Morsbron, Reichshoffen, Mars-la-Tour y Sedán.

Cómo no admirarnos de que jinetes franceses se lamenten de que los 52 escuadrones de dragones en el 70 no prestasen servicios de tal y cómo no maravillarnos de que soldados de á caballo sostengan que algunas descargas de los jinetes á pie hubiesen causado mayores efectos que las cargas en que se cubrieron de gloria los regimientos mandados por Bujanovics, Pulz, Bredow, Michel, Bonnemais, Legrand, Margueritte y Gallifet. Cierto que muchos de estos ataques no son un modelo de buena dirección de masas montadas, pero de esto á suponer que su acción fué menos mortífera que el fuego que algunos escuadrones pudieran haber dirigido contra las líneas enemigas, es á todas luces ridícula teoría con la que los amantes del Arma no pueden estar conformes.

4. El modo de pensar de buena parte de los jinetes extranjeros se resume en esta afirmación: no debe existir más que una clase de Caballería, transformándose los lanceros en dragones, desapareciendo la lanza como arma impropia de estos tiempos. Pena causan esas negaciones del valor táctico de la Caballería; esa abolición de la reina de las armas blancas; el desprecio de las tradiciones, de tanto regimiento cargado de laureles en todo tiempo y en todas las naciones. Esa negación proviene de jinetes franceses en su mayoría; los apoyan los tratadistas Sarassin, suizo, Simbad, belga; no pocos escritores del Arma en otras naciones, pero en cambio en el bando contrario figura la masa de los generales, jefes y oficiales de Caballería, siendo peligroso significarse por el calor con que se defiende la teoría del combate á pie, como acción esencial, pues el espíritu jinete está encarnado y arraigado á creencias, esperanzas y cariños del combatiente á caballo por cuanto se refiera á la lucha histórica, á la carga, al combate, al arma blanca.

La lanza la usan todas las naciones de Europa; los ingleses no la abandonan, pues sus generales más prestigiosos la defienden y mantienen; Alemania le da preferencia manifiesta; para el cosaco es el arma predilecta; los austriacos, los italianos, los países del Norte, los portugueses, nosotros, contamos con lanceros entre las masas montadas y que no trate nadie de desvirtuar su valor, pues con la fuerza de la tradición se mantiene la lanza como el arma más resolvente y el día que la Caballería no crea en los éxitos de sus lanceros, sufrirá grave quebranto en sus prestigios el Arma de los actos de arrojo y de abnegación.

5. Suponer que el combate á pie tome lugar importantísimo en las luchas de la Caballería, manteniendo ésta su actual organización y esencia, no es lógico; es invadir el campo de la infantería y si el Arma ha de instruirse en forma especial que responda á aquella su nueva utilización, tanto importa que se suprima la Caballería, como tal, organizando batallones montados que servirán mejor para el caso. Y ahora bien, los núcleos de jinetes, que verifiquen la exploración y derivados ¿á qué arma han de pertenecer? Si son de Caballería, ya lo sabemos: su misión principal es combatir á pie; la secundaria, los

servicios especiales privativos de la Caballería, reservados á ella; luego si prestándolos no han de obrar como verdaderos jinetes y no han de resolver con una carga los pequeños problemas que ocurran en la vanguardia, mal podrán desempeñar su cometido en frente de una Caballería verdad, sin mixtificaciones, sin mezcla, genuinamente Caballería, para la que esos productos híbridos no llegarán á ser dignos adversarios.

Si esos grupos pelean contra infantería, como su instrucción no puede igualar á la de esta Arma, estarán en manifiesta inferioridad. Al querer hacer del jinete un doble combatiente, se debilitarán sus dos funciones y serán batidos por infantes que sepan cumplir y por jinetes adiestrados para serlo.

6. Es utópico el supuesto de que en pleno combate masas de jinetes avancen desbordando las alas, echen pie á tierra, rompan el fuego contra los costados enemigos, poniéndolos en dispersión, y ayuden así á la acción de las otras armas, montando después aquellas unidades para ser empleadas á caballo.

Es ese un programa ideal. ¿Qué harán entre tanto los escuadrones enemigos; para qué estarán en guerrilla los batallones contrarios? ¿No se sabe qué peligros trae consigo el ramaleo de los caballos de una sección para soñar con la conducción ordenada, y á cubierto de varios centenares de aquéllos? ¿Dónde están el orden, el terreno á propósito; la maravillosa precisión requerida para tener esos caballos siempre á punto para montar y desaparecer? ¿Qué sueños son estos?

Cuando el éxito no se logre *por sorpresa*, no hay apuro alguno; se monta y velozmente (para eso son jinetes) desaparecen del alcance del fuego, sin recordar que esa retirada puede ser un desastre si las piezas enemigas se han cebado en los caballos; si la Caballería imposibilita la no fácil operación de montar, pudiendo transformarse tales sistemas de lucha en algo así como en un mercado gratis de caballos donde el enemigo halle ocasión de remontarse sin gastos y con gloria.

7. Estos errores de apreciación los disculpan sus defensores encomiando las ventajas de que la Caballería combata á pie; ven en ello mayor número de acciones, más importancia, más intervención y, en cambio, no

presienten el peligro de que, no dando en la práctica los resultados supuestos, las naciones achacarían los fracasos á la aplicación de los novísimos principios, hallando más barato aumentar los batallones que mantener los escuadrones, cuya utilidad como jinetes se pone ahora en duda y cuyo empleo como infantes sólo desastres acarreará.

Si se volvía á lo hoy vigente, á ser la Caballería, Caballería, se habría perdido un tiempo precioso en la dicha desviación; luego en uno y otro caso conviene dedicar esas energías, desvelos é inteligencias á mejorar lo actual, sin producir escisiones entre los elementos jinetes, obrando todos de consuno para la mejora moral y material del organismo en que servimos y al que hemos dedicado nuestra vida.

8. Insistiendo en que la semilla ha brotado en países distintos, citaremos un artículo muy comentado de la *Militär-Wochenblatt*, que firmaba V. K., donde, comenzando por pedir una mayor instrucción del soldado como tirador (en lo que no hallamos inconveniente alguno, con tal de que su educación como jinete, luchador de arma blanca y explorador sea casi perfecta) pasando porque el Arma emplee el fuego, no sólo en la defensiva, sino en la ofensiva y porque para ello se la dote de una carabina de igual alcance que el fusil, acaba por solicitar la substitución del sable por otra arma más corta que pueda adaptarse á la boca de la carabina...

¿Qué decir cuando tales extremos se publican en Alemania? Naturalmente que no conociendo todo lo que se escribe, no podemos asegurar si alguno de los infinitos entusiastas jinetes de aquel militar país habrá refutado como merece tan peregrinas peticiones.

En Italia se ha adoptado alguna vez un estilete, que va de ordinario oculto á lo largo de la caja de la carabina. El uso del estilete ya se supone que ha de ser excepcional, hasta el punto de que tal vez se pase una campaña entera sin tenerlo que extraer, ya que el fuego á pie no tiene en la mayoría de los casos más objeto que hacer demostraciones, tratar de dominar el fuego que desde un edificio, cabeza de puente, boca de desfiladero, etc., se haga á una patrulla ó sección exploradora, pero no refirir un combate con todas sus fases, desde la aproximación

á la zona eficaz de la carabina, hasta el combate cuerpo á cuerpo, cruzando las bayonetas.

¿Que la adopción del estilete y la reglamentación detallada del combate se llevan á cabo? en buen hora; constituirán una previsión, más ó menos exagerada, pero que revela el buen deseo de que el soldado de á caballo no esté en ninguna de las situaciones en inferioridad moral, ni de ningún orden, al contender con infantes, pero quitarle á aquél su sable, su espada, después de declarar inútil la lanza, son atrevimientos que merecen el desprecio. No merece ser jinete el que tal enormidad ha escrito.

9. Siguiendo este lamentable *via crucis* del prestigio del Arma, al que atentan sus propios hijos, analizaremos, aunque de prisa, las manifestaciones de V. Bredow, quien defiende entusiásticamente la lucha á pie, sosteniendo que es un error el que antes de ahora no se haya adoptado como normal, atribuyendo esta omisión á insuficiente instrucción del oficial y del soldado, que no se hallan enseñados para los ejercicios de fuego.

Defiende la práctica de éstos, pero llevándola á límites que han de ser censurados por todos los jinetes prudentes y celosos del bien de su Arma. Pide, asimismo, que las operaciones de montar y echar pie á tierra sean un prodigio de celeridad (con lo que, aparte la exageración, estamos de acuerdo por creerlo demostración de una buena enseñanza ecuestre). Arremete Bredow contra el equipo, achacándole buena parte de culpa de que el combate á pie no sea la ocupación preferida en la paz y la utilización, poco menos que única, en la guerra. Pide nuevas cartucheras, supresión de las botas de montar; detalles que, más ó menos discutidos, no presentan inconvenientes de adopción, pero al llegar al punto de la substitución de la bota, media bota ó media caña por una polaina que recuerda al infante, sinceramente nos indignamos preguntándonos cómo tales cosas se publican dejándolas transmitir, sin evitar el peligro de que formen escuela.

10. Otro escritor, anónimo, habla de que en las grandes acciones de la Caballería en la batalla alterne la acción de las armas blancas con la del fuego. Esto es poco menos que delirar. Prescinden estos autores del fuego del enemigo, no puede ser otra cosa, al calificar dicho

articulista de ocasional el combate sable en mano y preconizar el uso de la carabina, dejando á retaguardia las monturas.

¿Pero, dónde, preguntamos, en qué paraje se colocan cerca de la guerrilla, los caballos de muchos escuadrones? Ligarlos á la total línea de fuego, apartándose de sus caballos como si no existiesen, es abdicar la importancia del Arma. Tratar en serio esos golpes de mano de algunos centenares de jinetes que acuden velozmente á sitios excepcionales de la batalla, desmontan, hacen varias descargas, montan y desaparecen sin que nadie les destroce, les cargue, les deshaga, es discurrir olvidando que los daños en la guerra son mútuos y suponer que el enemigo no esté bien mandado, no sabe tirar y, sobre todo, que no tiene Caballería. Se aguzan los deseos de nuestros oficiales al leer esas rosadas ilusiones de tener delante el día de la lucha escuadrones de pseudo-jinetes; la vista se alegra, la sangre circula más aprisa y la mano se crispa pensando en las páginas brillantes que una Caballería escribirá en su historia cuando su buena suerte le depare frente á frente esas masas de infantes-jinetes ó jinetes-infantes, que aún no entendemos qué son, como presa propicia al arranque y á la decisión de una carga legendaria.

11. Quiérese unir al *improbable* éxito por el sable el *ciertísimo* de la carabina y para ello se pierde de vista la realidad, se sueña, se piensa en evoluciones fantásticas, en nubes de jinetes impalpables, invisibles á los que no pueden desahacer la metralla ni el tiroteo de líneas de infantería. Los núcleos ideales, situados en posiciones imposibles, avanzan velozmente sacando el mayor partido del caballo, para lo que necesitarán una perfecta instrucción ecuestre, y llegados á parajes inmejorables se abandonan las cabalgaduras y utilizándolos como infantes, rompan mortífero fuego contra un ala de la línea de batalla, motivando su retirada.

12. Hay partidarios menos extremados que piden la intervención de nuestros soldados en cometidos, aunque exagerados por su número y esencia, algo más racionales y posibles.

Quieren aquéllos que los soldados, en grupos que se fieren á uno ó dos escuadrones, siempre menos que á regi-

mientos enteros, acudan á defender una linde de bosque, una cresta de montaña, un desfiladero, un caserío. Bien estaría eso, reducido á marco más pequeño, pues si se han de defender tamañas posiciones contra infantería, aunque el efectivo sea proporcionado, no podrán vencer los escuadrones desmontados á otras tantas compañías, pues aún siendo las armas iguales no lo será la aptitud, la preparación, la idoneidad de los dos combatientes, pues si la Caballería ha recibido educación infante, ya no será ni debe ser Caballería, y si ésta existe en organización, cometidos y enseñanza, claudicará al hacerla combatir á semejanza de los cuerpos á pie. Contra lo primero nunca tendremos una palabra de conformidad; cerramos abiertamente contra la opinión de que lo que fué accesorio, por la fuerza de la evolución, se transforme en principal abominando de los consejos que estos jinetes *sui generis* dan al Arma, instándola á que acepte tan demoleadora teoría *conminándola*, si no lo hace, con perder su importancia en el moderno pelear.

Amargura nos causa la aseveración de que muchos jinetes distinguidos, publicaciones de renombre, entre ellas Revistas que en el extranjero llevan la representación del Arma ó de los sports hípicas, acojan con fruición las nuevas tendencias y digan que el *espíritu jinete* es un particularísimo que ha causado muchos daños, oponiéndose al progreso, y que, por lo mismo, hay que combatirle doquier se manifieste.

¿Qué culpa tiene un sentimiento tan natural, de la inepticia de jefes que, por marchar á ciegas, han sacrificado en vano á los jinetes que sólo debieron conducir al éxito, al triunfo?

¿Por qué tratar de suprimir la fuerza anímica que representa un espíritu de Arma, diciendo que se debe modificar, pasando de sus particulares y perjudiciales demostraciones á una subordinación de aquel sentimiento á la acción general, aprovechando para ésta las condiciones que todavía se le reconocen á la Caballería?

Esto, que en principio podrá aceptarse, hay que rechazarlo vigorosamente, porque esa subordinación no es otra cosa que abdicar de la potencia ofensiva por el caballo, por las armas blancas, por el ardor, la velocidad, el arrojo y trocarla en potencia ofensiva por el fuego; es decir,

anular á la Caballería como tal, haciéndola intervenir en el combate como cualquier otro elemento infante, con la sola diferencia del vehículo que la transporta al campo de batalla y, dentro de él, á los lugares en que esa acción infante pueda desarrollarse con la mayor eficacia.

La cuestión está estrechamente cercada en un círculo vicioso. Es éste la posibilidad de que las armas enemigas, obrando cada cual como la lógica demandan, permitan á esa Caballería para la marcha y la evolución, infantería para el ataque, realizar libremente tan utópico programa.

13. Añaden los panegiristas del cambio de sistema, que no se trata de variar la táctica ¿Para qué variarla, si no se va á emplear en el combate?

Para la simple evolución, con la circunstancia de ser hecha fuera de la vista del enemigo, cualquiera colección de procedimientos, por arcaicos que sean, puede satisfacer las necesidades de una masa que á caballo ha de moverse al frente ó flanco, y á los aires rápidos, deshaciendo aquellas evoluciones elementales, cambiar de aire, variar de dirección, etc., etc. Pueden permanecer intangibles los principios más antiguos que rijan tales maniobras, pues que lo nuevo, lo útil, lo que modifica todo lo hoy vigente, tiene su empleo para el avance ofensivo de los jinetes, para la marcha bajo el fuego, usando de medios para evitarlo, para anular sus efectos, para precaverlos y reducirlos, con objeto de hacer posible el arribo del combatiente jinete á las líneas de fuego.

Para eso sirve la táctica moderna de Caballería; para las otras exigencias puede servir perfectamente la geométrica de Federico II.

14. Tal firmeza tienen en sus ideas los defensores del combate por el fuego, que leemos estas frases, que hasta daño nos causan: «Es preciso imponer en la Caballería la idea de que en lo porvenir tiene tanto que realizar con la carabina como con la lanza y el sable. No ignoramos la poca estima que goza el combate á pie entre los veteranos, pero exponemos *la confianza firme* de que el Arma en masa entrará por las nuevas ideas, que las adoptará con su brío acostumbrado y que en maniobras, ya que no en campaña, nos demostrará de lo que es capaz empleando los nuevos procedimientos».

Oponemos á *tan firme confianza* estas objeciones: Que la acción del sable y la lanza perdurará tanto como la guerra; que no son sólo los veteranos (con cuya palabra creemos entender alude á los viejos, rutinarios y oscurantistas que en la Caballería existen, como los hay en todos los elementos militares y sociales) sino que gran número de jinetes jóvenes, progresitas y que van de cara á la luz, se oponen á las destructoras teorías de una utilización constante y preferente de la Caballería por el fuego; que dudamos tengan aquéllas mayoría en la opinión y, finalmente, que las maniobras á que se alude, las de otoño de 1903, no nos convencieron, no ya á quien sea enemigo declarado de la exageración combatida, sino al espíritu más imparcial, porque además de que fueron escasos los ejemplos que presentó el Arma de marchar por los nuevos cauces porque se la quiere obligar á correr, la simulación del fuego deja sin resolver *siempre* tales cuestiones.

En Francia, sabemos, dan sobrada intervención á la parte teatral en las maniobras, así es que, prescindiendo de cientos de muertos y heridos, pueden muy bien hacerse proezas, tomar posiciones flanqueantes, atacar por las alas, envolver fuertes posiciones de la línea de retirada, con tal de tomar la precaución de que los ofensores no se pongan *á tiro* de culata ó del puño del defensor, para que éste, molestado por el imposible avance de su fingido adversario, no le demuestre de manera contundente su mal humor por el papel pasivo y desairado que le cae en suerte, ya por las genialidades de un general, ya por la alternativa de ganar y perder, tan frecuente en esos verdaderos juegos de niños grandes.

Se entusiasma un articulista con lo que vió hacer á unos escuadrones que, buscando, dice, en vano *á quien devorar*, echaron pie á tierra y como dragones combatirán cubriendo baterías, dominando crestas, alternando en las guerrillas con los infantes... en una palabra, siendo infantes con espuelas.

Existe, pues, notable incompatibilidad entre los dos combates; las experiencias en Francia realizadas, no fueron convincentes ni lo serán nunca las de la paz, porque lo que ha de probar lo falso de los principios, tan en pugna con los intereses morales del Arma, es el fuego verdadero que dilucidará con sus terribles demostraciones, si

es posible ó no que masas de jinetes evolucionen en los modernos campos de batalla con una tranquilidad análoga á cuando sufren impávidas echando pie á tierra y combatiendo á pie, sin cuidarse gran cosa de los caballos de mano, el fuego teórico, ó lo que es igual, recibiendo con calma estóica las granizadas de proyectiles de corcho, de que el supuesto adversario les hace víctimas.

15. Con todo lo anterior estaríamos conformes con sólo una condición, que desaparezca de las organizaciones de los ejércitos la palabra y concepto Caballería, sustituyéndola por estos otros: *Carabineros á caballo*, y no habrá nada que discutir.

Al mismo tiempo que se retiren á los gloriosos regimientos sus estandartes; que se envíen á los Museos los historiales de siglos de victorias y de hechos de abnegación y que las tradiciones honrosas, junto con el *espíritu jinete* y las ideas de valor legendario, de arrojo indomable, de osadía y de audacia, se guarden cuidadosamente en el corazón de los verdaderos amantes de la Caballería.

### La opinión en España.

---

1. Abandonando á los tratadistas extranjeros; buscamos en derredor nuestro á quien que como nosotros opine, y nos fijamos en los razonados juicios de un prestigioso jefe de infantería.

El Teniente Coronel D. Miguel Solchaga, antiguo profesor de la General, en una notable conferencia dada por él en Pamplona se expresó en términos tan de acuerdo con nuestro modo de pensar que, en vez de extractar su trabajo en la parte referente á Caballería, copiaremos íntegramente algunos de los párrafos.

Supone el jefe de *La valerosa* que en España hay muchos jinetes que defienden las modernas teorías. No nos extraña que así lo manifieste, no quedándonos otra cosa que lamentarlo, pues ceguera sería discutir lo que desdichadamente es cierto.

En consideraciones anteriores á la parte copiada á continuación, negaba el Teniente Coronel Solchaga cualidades defensivas á la Caballería (que es tanto como

ensalzar su ingénita ofensiva) y si tal aseveraba, no era refiriéndose al uso que del arma de fuego puede hacer á pie, pues entonces pierde el carácter propio, para tomar accidentalmente el de Infantería.

«Voy á exponer mi criterio sobre este particular, que no está conforme con el sustentado por algunos Jefes y Oficiales del Arma que los veo más encariñados con el combate pie á tierra que con el natural y propio de la Caballería; los que tal creen no tienen presente que la acción moral, de que luego me ocuparé más extensamente, tiene una importancia capitalísima en la guerra y que el hombre á caballo se considera siempre superior al que va á pie; que si el combate pie á tierra, de excepcional que debe ser, se toma como elemento principal, claro és que Caballería que tal haga será siempre una mala infantería y una peor Caballería; no es posible hacer de un cuerpo dos naturalezas; no es posible hacer comprender al soldado la importancia del arma de fuego, su poder destructor y condiciones defensivas, para en el momento que es necesario combatirlos, borrar de su imaginación y llevar en ese mismo momento al convencimiento de su ánimo lo irresistible que será lanzándose en vertiginosa carga, cual huracán desencadenado, á barrer las fuerzas enemigas que lo combaten con aquel elemento tan destructor.

El arma de fuego es indispensable á la Caballería, porque, separándose de los núcleos tácticos para desempeñar servicios y funciones logísticas, se vería incapacitada de realizarlos si encontrara en el curso de ellos pequeñas partidas de Infantería que le disputaran pasos precisos (puentes, desfiladeros, etc.), ó si estando acantonada en poblado, fuese atacada por fuerzas de aquella Arma; aquí es donde tiene aplicación señaladísima el combate pie á tierra, así como también en otras ocasiones, y utilizando la ventajosa condición de su velocidad hacerla adelantarse á ocupar una posición importante antes que lo realice el enemigo y defenderse en ella echando pie á tierra ínterin llegan las fuerzas de que ha sido destacada.

Por lo demás la Caballería nunca debe perder su carácter y tener fe ciega en sus naturales medios de acción; no olvidando que al fin y al cabo es el Arma de la oportunidad y que en su constitución lleva una gran fuerza moral, que es el factor más importante que asegura la victo-

ria, y que en la acción táctica tiene el honor y el deber de sacrificarse para recoger los frutos de la victoria ó atenuar los efectos de la derrota. Recomiendo á este fin la lectura de aquellas notables cartas que el Director de Caballería, General Letona, dirigió á los Coroneles Jefes de Cuerpo».

2. A la REVISTA DE CABALLERÍA le ha cabido la gloria de iniciar y sostener concienzuda y vigorosamente la campaña en contra de las extremadas opiniones que amenazan el prestigio y la existencia de la Caballería.

Entre las páginas de la publicación citada hemos visto arranques de entusiasmo por la acción á caballo, juicios atinados, fuertes controversias en las que la pasión surgió del fervor con que se mantienen ideales que nunca nos han de parecer exagerados.

3. El capitán Manera, laborioso é inteligente oficial que tantas pruebas viene dando de su afán por el progreso del Arma, hizo en la REVISTA un interesante estudio relativo á la necesidad de que, para la defensa nocturna, tienen los jinetes de poseer y saberse servir de una excelente carabina. Los razonamientos lógicos, la demostración convincente, nos causaron agradable impresión. Se ve en aquellos lo imperioso que es emplear un arma de fuego y que el soldado sepa tirar bien, pero ésto no indica desviación alguna peligrosa para la intervención futura de los escuadrones; es una precaución que se adopta, una medida defensiva, un elemento de lucha apropiado al acantonamiento, al campo, al vivac y á las horas dedicadas al descanso, después de los azares y fatigas del día.

Cierto que este mismo entusiasta jinete se deja arrebatar por la série de citas históricas que con profusión intercala en su estudio y se manifiesta decidido defensor de una prudente alternativa de las armas blancas y de fuego.

Al recordar lo mucho que se habla, escribe y piensa de la unión íntima de los escuadrones y de la ametralladora; de las masas veloces y de las baterías ligeras, sea por ignorancia nuestra, sea porque hasta la fecha no hayamos tenido ocasión de ver el funcionamiento mixto de tropas de caballería y artillería (hablamos de la realidad, porque somos muy excépticos en todo lo que se relaciona con las farsas oficiales que en casi todas las naciones se verifican con el pomposo y ficticio nombre de *grandes*

*maniobras*), sea porque no siendo esa mezcla objeto preferente de los escritores profesionales, ó por la razón que fuere, manifestamos nuestra escasa fe en la alternativa de carabinas, fusiles automáticos para llevados á lomo, ametralladoras y cañones para uso de la Caballería y, si como muchos piensan, esas baterías de unas y otras modernísimas armas, las han de manejar secciones especiales de jinetes, nos declaramos adversarios decididos porque nos parece sobrado pretencioso ser todo á la vez ya que no son pocos los autores que nos quieren convertir en peritísimos minadores; en hábiles telegrafistas, en todas sus ramas; en ametralladores y cañoneros, no quedando sino el manejo de globos para completar *todos* los servicios de guerra de *todos* los elementos constitutivos del ejército.

A propósito de ésto escribimos hace poco en la *Revista técnica de Infantería y Caballería*:

«No brota la luz de la discusión empeñada; al contrario, pasan los días, y los jinetes nos entendemos menos, merced á perniciosos extremos aceptados con la fe del sectario intransigente por unos cuantos tratadistas, seguidos por cohorte exigua de escritores, escoltados éstos por regular núcleo de aficionados á llevar al papel las ideas de sus espíritus.

Del extranjero vienen áuras revolucionarias; bastante tiempo se han seguido caminos francos, por lo visto, y es hora ya de emprender la marcha por senderos que se pierdan, por rutas sinuosas, por veredas en zig-zag, que retardan la llegada, sino desaparecen antes en el arenal de la duda ó en los pantanos del eterno vacilar.

Triste Arma la nuestra, siempre bajo la acción de grandes problemas que afectan, si no á su esencialidad, á sus accidentes. Se desconoce el mejor equipo; se ignora si la lanza es ó no el arma reina; no se sabe elegir la táctica del combate; se fluctúa entre mil pareceres al estudiar su futura intervención en la lucha, y cuando batallando contra cien obstáculos morales seguía la Caballería su marcha al frente, efecto de su gran poder y de íntimos arrestos, llega inoportunamente esta gran cuestión del combate á pie á divorciar más todavía las ya encontradas opiniones; á separar más aún los criterios, y á dividir á los jinetes en bandos; á producir, en mal hora, excisiones y diver-

gencias en el seno de la opinión, introduciendo tendencias opuestas en lo que atañe al espíritu del Arma, á lo que es y significa vida de un elemento amenazado de grave dolencia moral, de esas que no destruyen un organismo, pero lo inutilizan.

La Francia, nación que ha mirado con orgullo á su Caballería, y en la que *l'esprit chevalier* tiene su entronización en el alma de los jinetes, representantes de los mejores que los tiempos han conocido; en Alemania, pueblo fuerte que cuida con amor egoísta y acendrado el prestigio de su poder marcial, dando á todas sus partes crecimiento material ininterrumpido, á la vez que les presta un apoyo moral sin restricciones ni límites; en Rusia, con sus cosacos y sus potentes masas de Caballería regular; en el Japón, país que, habiendo llegado tarde á la asamblea de las naciones, aspira, no obstante, á llegar con su esfuerzo á las primeras filas; y en las demás que, en grado variable, adjudican á sus ejércitos una parte mayor ó menor de su importancia nacional, en todas ellas han surgido campeones que, exagerando sensiblemente sus entusiasmos por el combate á pie, y la utilización por el fuego y por otros medios de las masas de Caballería en la guerra, han adulterado aquella en términos tales que, aun defendiendo el Arma del dictado de Infantería montada que merece la Caballería que combata como esos paladines que la novedad y el modernismo preconizan, dan lugar á que los enemigos, ó los poco partidarios del Arma, cierren contra su utilidad casi, contra su importancia desde luego, y estrechen á los innovadores con estos argumentos: Si la Caballería debe poseer grupos de ametralladoras, ¿no puede ser sustituida por baterías ligeras, procedentes de Artillería, que empleen aquel material? Si los jinetes, que ya poseen una excelente arma repetidora, han de usarla en gran cantidad de una vez, es decir, desmontando crecidos contingentes que evolucionen como unidades á pie, llevando de un extremo á otro de la línea de fuego su acción ofensiva merced á la velocidad del caballo que abandonarán para combatir, en buena lógica ¿no puede emplearse en vez de esta tropa, la verdadera Infantería montada, menos jinete y más tiradora?

Si á los regimientos y grandes unidades de caballería ha de dotárseles de heliógrafos, de telégrafos y teléfo-

nos de campaña, ó bien de mensajeras para el establecimiento de comunicaciones desde la línea exploradora al Cuartel General, ó las cabezas de las columnas, cuando menos, ¿no será más conveniente al servicio que, con la Caballería exploradora, vayan secciones mixtas de Ingenieros que, no teniendo otra misión que el manejo y empleo de aquellos medios de comunicación, se dediquen á ellos con mayor asiduidad y, por ende, con mejores resultados?

De igual modo, si se trata de dotar á las unidades del Arma de elementos de destrucción y reparación de vías férreas, telegráficas y similares y de algún material ligero de puentes de circunstancias, ¿no se cree mejor el destino á los gruesos exploradores de grupos de Ingenieros Minadores y Pontoneros, que lleven un material adecuado á la fuerza con quien operan y no la distraigan de sus importantísimos cometidos?

¿No creen sinceramente los lectores, que el abuso en el empleo de ametralladoras, armas largas de precisión y alcance, palomas y aparatos telegráficos, puentes ligeros y explosivos, convertirán á los jinetes en enciclopedistas que entre la balumba de elementos y misiones, armas y cometidos, *sólo* se habrán olvidado del sable y de la lanza, y no tendrán tiempo de explorar, reconocer, dar parte y combatir?

Por una insensible gradación hemos pasado del abuso de la teoría del combate á pie á la enunciación de los sueños con que los exagerados, que nunca faltan, quieren convertir en realidades para los jinetes, sin contar con que las fuerzas morales del hombre tienen su límite, y de que para sacar partido de los distintos elementos de guerra existen en los Ejércitos la Infantería, la Artillería y los Ingenieros.

Cuantos se precien de querer bien al Arma en que sirven, deben dirigir, no el platonismo de los deseos, sino la realidad de los hechos, hijos de la voluntad puesta en ejecución, al logro de un nivel moral, en los que han de mandar soldados de Caballería, que les haga asequibles todos los elementos de guerra puestos por la ciencia á contribución del más inteligente y del más hábil, pero sin olvidar un mejoramiento general de la instrucción del jinete, primero y ante todo como tal, adiestrando en las particularidades únicamente á grupos especiales de individuos.

¿No es esto razonable y conveniente? Pues á conseguirlo, no desviando voluntariamente lo que tiene cauce conocido; no instruyamos con exceso al jinete en el combate á pie, tomando á éste como panacea que aleje todo vencimiento; usemos de ese medio con cautela, con parsimonia, con talento; no confiemos sobradamente en la excepción; no pensemos que una buena carabina puede lograr por sí el éxito. Este, para la Caballería, está en el caballo, en los aires violentos y en las armas blancas.

Admitamos el combate á pie como un medio más de tomar parte en las acciones de guerra; sea aquel sistema de lucha una ocasión más de intervenir, pero que se contenga en límites prudenciales el combate del jinete desmontado, no siendo nunca tal combate, en la acepción normal de la palabra, exceptuando los casos de defensa á toda costa de localidades ó edificios aislados, y que nuestro soldado, al dejar su montura y requerir la carabina, no vea en su excepcional uso más que un medio de preparación para el ataque ordinario, corriente y general: la carga, por donde deben concluir, mientras sea posible, las intervenciones de la Caballería en la guerra.

Sírvales de freno á los partidarios del fuego el comendimiento con que todos los reglamentos tácticostratan ese combate, por todos aceptado, pero también por todos contenido en fronteras que la prudencia estrecha, pues siendo imposible hacer del soldado un ser doble, infante y jinete, y ambas cosas en un alto grado de bondad; no bastardeemos al combatiente de á caballo encariñándolo con el fuego, si no se quiere correr ciegos al peligro de tener un mediano soldado de á pie y un pésimo jinete que ha perdido la fe en su caballo y en las armas legendarias de la Caballería».

5. Dicha nuestra opinión, veamos la de otros compañeros:

El competente escritor que se firma *Antígono*—al refutar las conclusiones terminantes con que otro jinete conminó á sus compañeros de Arma, demasiado favorables á la evolución tan criticada por nosotros, en favor del combate á pie, ó de la intromisión del factor fuego en nuestras luchas—hacia ligeros cargos á *H.* por censurar éste la tendencia notada en varios jefes y oficiales, tendencia que niega *Antígono* y que nosotros aseguramos existe.

En una ú otra forma la han manifestado más ó menos el teniente coronel Valdés, con su proyecto de constitución de una Caballería nueva, dividiendo su personal en jinetes y en sirvientes de ametralladoras; el capitán Dolla con sus estudios sobre una pistola automática para usarla en el combate, incluso contra Caballería; el articulista que firmó la traducción de ¡Alerta!; el capitán Mainera ya citado, que es, sin embargo, de los menos radicales y á nadie más citar podemos, porque en la REVISVA DE CABALLERÍA nadie más ha escrito sobre tan importante cuestión y fuera de aquella no conocemos trabajos recientes que de tal asunto traten.

Antígono disculpa á los que evolucionan, no atribuyéndoles gran extensión á sus miras; así, por ejemplo, dice que los que solicitan la intervención del arma de fuego se preocupan antes de que el jinete sepa cargar, y eso, que es aplicable á algunos de los escritores por nosotros aludidos, no podemos suponerlo para los demás, pues sus estudios revelan otras orientaciones.

6. Muchas de las ideas de *Antígono* son las nuestras; queremos, sí, que al soldado se le enseñe á combatir á pie, pues ansiamos para el jinete una verdadera y completa instrucción, pero siendo terreno resbaladizo, si después de conseguir una sólida enseñanza se aplica con inusitada frecuencia, no dudemos los defensores de un término medio razonado; el soldado irá tomando sobrado cariño al arma de fuego, desvirtuándose en su ánimo la instrucción jinete y de allí el imperio de la defensiva, aunque existe gran distancia, la pueden acortar el uso, la costumbre, los artículos profesionales, los ejercicios y el aumento de prosélitos del fuego.

Tampoco creemos buen sistema dejar que crezca el número de los que, no por convicción, sino porque otros lo dicen, van creyendo que el fuego de los jinetes puede conducir á éxitos indubitables. Parécenos que conviene atajar la propaganda; escribir ensalzando la acción á caballo, limitando el uso de la carabina á casos de todos conocidos, pero no dándole intervención en la línea de fuego de una acción campal.

Ya sabemos que la gran mayoría de los jefes y oficiales conceden una importancia relativa á todo lo que no sea el combate á caballo, pero en previsión de que haya

deserciones debemos, los que tenemos gusto en tratar estos asuntos, invitar á los compañeros á que nos imiten, para que se vea la fuerza de opinión, para con tiempo cortar las modernísimas tendencias que, sinceramente, conceptuamos perniciosas.

7. J. M. del B., entusiasta panegirista del jefe francés Mr. A. L., tradujo su «Estudio sobre la misión de la Caballería», motivo dicha traducción de viva controversia. El traductor añade por su cuenta ciertas consideraciones donde, tras de apreciar en su justo y actual valor la carga y mostrarse acérrimo partidario de ella, viene á caer en la particular manera de pensar: ésto es, que puede nuestro soldado ser heróico jinete y buen infante accidental.

Ya hemos dicho cuanto sobre el particular pensamos y sentimos. Tirar bien, hacer rápidamente las operaciones de montar y desmontar y conducir hábilmente pocos caballos de mano, son operaciones y deberes de toda clase y soldados bien instruidos; pero disponer la parte física del hombre para ser alternativamente jinete ó de á pie y, sobre todo, su parte moral, no puede ser. Perdone el lector tan terminante juicio, pero lealmente decimos lo que de dentro nos sale.

¿Cómo esos jefes y oficiales que mandan unidades activas aseguran aquella posibilidad?

¿No ven, por ventura, lo que pasa con sus escuadrones y regimientos? ¿Están unos y otros completamente adiestrados para la guerra en una sola de sus utilizaciones? ¿Conocen los soldados que ahora mismo sirven en filas, *todas* sus obligaciones y cometidos de campaña?

Pues si á pesar del celo, saber y entusiasmo de los jefes de Cuerpo y de cuantos les secundan, se licencia á los hombres sin haber realizado en absoluto lo que el reglamento táctico preceptúa; si se les manda á sus casas sabiendo montar, manejando regularmente las armas blancas, saltando medianamente y sin saber qué son la totalidad de los servicios que el arte militar confía á un simple soldado; sin haber pasado ríos, ni conocer los embarques, ni otras tantas cosas que calificamos de indispensables ¿cómo se iba á lograr la doble instrucción, con la proligidad que requiere la del tirador, con los detalles del avance y la retirada, ataques y defensas de toda fracción combatiente á pie?

Nosotros, en el modesto *Proyecto de Reglamento táctico*, que tan benévola acogida tuvo en los altos Centros consultivos, á sabiendas cometimos el error de dar desusada extensión á la enseñanza individual y colectiva del combate á pie.

Los preceptos, que con profusión reglamentamos, son para observados por tropas cuya instrucción durase un tiempo indefinido; para otros soldados que los nuestros; ó mejor dicho, para otro sistema de darles el adiestramiento militar; es decir, para reclutas que no tengan que hacerse soldados atropelladamente, bien para licenciar otra quinta, bien para que alternen en el servicio cuartelero con los escasos veteranos que el licenciamiento último ha dejado en los escuadrones.

¿Variará ésto? No es fácil. Pues entonces no hagamos imposible la instrucción agregándole una segunda parte tan difícil, cuando no hay tiempo de que aprendan la primera por entero.

Claro que se impone la observación de que si no dominan la total enseñanza, de reclutas, ya lo harán de veteranos. Lo malo es que tampoco se hace así con la generalidad que tan conveniente sería. Se oponen á ello el tiempo, el servicio, la carencia de terrenos adecuados, la falta de créditos y la de órdenes que así lo exijan.

8. Acabada esta digresión, que á nuestro juicio anula toda esperanza de que hoy por hoy pueda el jinete adquirir la instrucción mixta ó doble que tan sencilla se conceptúa, diremos que el Comandante M. A. L. tiene en su estudio párrafos admirables dedicados á precisar cuándo debe cargar la Caballería. Claro que cita pocos casos, pues en estos folletos no puede decirse nunca cuanto la imaginación dicta.

En otros incisos abunda en las ideas, ya explanadas, de que las maniobras son ridículas; de que nada lógico se aprende en ellas y se burla donosamente de la imperturbable serenidad, suerte y valor con que las fracciones del servicio de descubierta cumplan su misión, «circulando con tranquila heroicidad por entre los sables de los jinetes y las balas de los infantes enemigos».

Después, sus atinadas observaciones respecto á que no podemos desafiar al fusil moderno parecen que tienen

aplicación para el combate contra infantería, pero no para ir deduciendo poco á poco la necesidad de que el jinete descienda del caballo, requiera la carabina y «open-ga el arma de fuego al arma de fuego».

Cita un ejemplo de intervención que está en pugna con la realidad. Supone que, sucesivamente, van desmontando fracciones que, alargando la línea de fuego, llegan á superar en longitud á la del enemigo; se inicia entonces el flanqueo, pero siempre á pie, y al fuego se resuelve la retirada del adversario.

¿Y si éste emplea su Caballería á caballo? ¿Qué hará la nuestra lejos de sus monturas, atacada por jinetes de élidos?

¿Dónde se situarán los caballos que no sean tocados por las balas? ¿Cómo, en fin, resistirán esos jinetes el ataque decidido de un batallón? ¿Es que sólo se combatirá á pie, cuando se vaya á ganar? ¿Quién, en la guerra puede preverlo?

Por un éxito, ocurrirían muchos fracasos, pero fracasos terribles, traducidos en copo de grupos desmontados, en rendición de núcleos de caballos de mano, en derrotas vergonzosas de jinetes sin montura ó en entregas lastimosas de caballos sin jinetes...

9. *La táctica del fuego* consiste, según el jefe francés, en desparramar grupos de tiradores buscando el rebase de la línea opuesta, sostener con ametralladoras y baterías á esas líneas discontinuas. De este modo los escuadrones no lo son; son compañías, y es inútil defender lo contrario, pero compañías equipadas como jinetes, teniendo sus jefes su grande responsabilidad del ganado que han de salvar y conservar.

Resulta imposible dejarlo abandonado é imposible el que avance, porque lo fusilarán. La infantería, montada por accidente, coge caballos de requisita, ó de desecho, ó del enemigo; monta en ellos, los abandona mal custodiados; si los matan las balas, nada afecta á la esencialidad de esa infantería.

La Caballería no puede, no debe obrar, de igual manera con los caballos y equipos que, después del honor del regimiento, es lo que hay que guardar.

Nos maravilla que el articulista critique á una sección que pie á tierra defiende una barricada, por ejemplo: nos-

otros creemos, por el contrario, que esto sí es lógico, pues cuando allí se sitúa es porque su deber es impedir el acceso al enemigo y eso entonces no podrá evitarlo á caballo.

Más anómalo es el lanzamiento de las líneas, de grupos á pie y los ataques en esta forma olvidando los caballos, la espuela que se cifie y el uniforme que se viste.

10. Tócales el turno, muy á la ligera, á los artículos de H. fogoso jinete en unos párrafos, pensador en otros; filósofo profundo en muchos del trabajo «Sobre el mismo tema», estudio negativo del empleo á pie de las masas montadas, himno á la potencia ofensiva del jinete, canto entusiasta al Arma de Caballería:

Y no obstante ser la obra de un jinete *enragé*, figuran en ella atinados juicios sobre la lucha á pie de los jinetes. Quizás nosotros hallemos más ocasiones de desmontarlos y requerir la carabina, pero queda sentado, con las consideraciones de H. sobre esta forma de luchar, que no se opone en absoluto á ella, base esencial de un modo de pensar no reñido con las corrientes modernas y equidistante entre la negación del fuego para la Caballería y la utilidad de ella como reunión de tiradores.

Como de otros muchos problemas, hay que esperar la solución de lo que den de sí las guerras futuras. Ellas nos dirán elocuentemente quién se acerca más á la realidad.

11. Ideas surgidas al leer en una publicación suiza todo un programa de la lucha á pie, nos movieron á refutar cuanto leímos con frases que no debieron resultar tan claras como fué nuestro deseo, pues que no las interpretaron conforme las quisimos escribir, algunas personalidades del Arma.

Censurábamos ácremente el dar al combate á pie un lugar considerable, preponderante, en la táctica de Caballería: rechazábamos, con duros conceptos, los envolvimientos ideales, tan defendidos por los partidarios del empleo del jinete como infante; manifestábamos la oposición que sentíamos por la persecución con el fuego, hecha por escuadrones; por la acción de la sorpresa lograda con descargas, desde posiciones que las tropas enemigas dejarían ó no ocupar y conservar por los jinetes sin caballo; por un objetivo preferente de la Caballería que debe ser, según los fanáticos de la nueva escuela, la Infantería y Artillería enemigas, combatiéndolas á pie...

Pues bien, á pesar de todo, álguien atribuyó al traductor las frases del articulista, y hoy como entonces decimos que en España aún no consideramos al arma como Infantería montada, pero que haciendo concesiones se empezó en el extranjero; que no hay que abdicar del poder ofensivo del Arma; rindiendo por el contrario culto al sable, á la lanza y si se teme que perdemos importancia, hay que buscarla en los anchurosos espacios de los servicios especiales. Puede darse determinada intervención al combate á pie, pero sin sensibles extremos; sin fiarse en que las carabinas puedan conseguir triunfos decisivos.

Conceptuábamos entonces, y ahora, factibles y hacerlas las cargas *á petral*; las creemos dispensadoras de éxitos materiales, de resultados positivos, confiando grandemente en el caballo y en las armas blancas, cuyo valor no hay invento que lo amengüe, ni que lo anule.

12. Cerramos este capítulo de opiniones españolas directas ó inspiradas en trabajos extranjeros, sobre la debatida cuestión, con algunas frases de nuestro camarada Accorsi que, si bien presta sus utilísimos servicios en la Caballería italiana, lo consideramos *de casa* por su afición á nuestra Arma, porque escribe en nuestro idioma y por que, después de la idolatría por su hermosa tierra, es España la nación de sus preferencias y simpatías.

Este arrojado jinete, instaurador, como saben nuestros lectores, de las secciones de nadadores en la Caballería italiana, dice en uno de sus escritos: «El jinete cuando echa pie á tierra deja su corazón pegado á la silla; su caballo ejerce sobre él una atracción irresistible y cuando se le ordena montar, ocurre aún en las maniobras, que, contraviniendo lo ordenado, llega corriendo á los caballos».

Duda que en un regimiento pueda ser práctico el combate á pie, dejándolo para unidades superiores y preguntándose si habrá general que disponga desmontar centenares de jinetes para batirse con el fuego.

Coincide en muchas de sus apreciaciones con las aquí defendidas; su voto es de calidad por ser un oficial sobresaliente, y más satisfechos vamos en su compañía que en la de la legión de tratadistas jinetes, así llamados porque pertenecen á Caballería, pero que, de seguir nuestros consejos, debieran cambiar de uniforme y que en el extranjero han enarbolado la bandera disidente

Una convicción interna nos dice que en España no encontrarán quien los siga en sus dañosas predicaciones.

## II

# EMPLEO DE ESTE COMBATE

---

---

### **Su necesidad.**

---

1. En la primera parte hemos querido llevar la convicción al ánimo de los que dudan y avisar vigorosamente á los que no creen en el combate á pie, para que unos vuelvan al buen camino y los otros no emprendan el malo. Estos excelentes deseos quedan anulados por la insuficiencia que los acompaña, por la ninguna respetabilidad de la firma que los entrega al público, pero son defendidos por el entusiasmo de un jinete y por la fe del que esto escribe en las luchas exclusivas de la Caballería á caballo.

2. El nombre de combate á pie debiera irse desterrando de los reglamentos tácticos, de los textos que del Arma tratan, de todo lo que implique estudio teórico de nuestras luchas.

Combate á pie es lo que nosotros negamos, es decir, la intervención de masas de jinetes, cuanto mayores más negadas, que desmontan, marchan, despliegan, avanzan y pelean como infantes. El combate á pie, así comprendido, lo rechazamos de un modo absoluto; admitirlo con atenuaciones, aceptar una parte de él, convenir en que pueda usarse, son concesiones que nadie nos arrancará, sintiendo únicamente que la propia insignificancia sea tanta que no podamos imponer este criterio á los que al Arma pertenecen.

3. Ciertamente vamos numerosa y excelentemente acompañados, ó mejor, que nuestra firme y modesta opinión no se separa un ápice de la gran mayoría, pero, como hemos dicho, existen disidentes y á ellos nos dirigimos y

dedicamos estas rotundas afirmaciones de que no creemos posible la realización de sus ideas por las causas ya estudiadas.

Admitimos un combate á pie, que no debe ser así llamado; queremos *un empleo del fuego por los jinetes desmontados*, una utilización de la carabina á pie, el uso del arma de fuego en casos á ello apropiados. Esto no lo niega hoy ningún jinete. Ahora ya no se repugna la carabina, como con gusto se vería pendiente de la cintura de nuestros lanceros una soberbia pistola automática.

El fuego es por todos aceptado, con tal que no se haga á caballo.

Retiramos el adjetivo todos. Hemos conocido quien defiende y patrocina el fuego á caballo y cree que *eso* puede servir para algo más que para gastar cartuchos y perder fuerza moral.

Ya no necesita defensa el fuego á pie usado en los casos hoy reglamentarios, lo mismo en nuestra Caballería que en las extranjeras.

Lo aceptan los tratadistas que lo combatieron y los fanáticos que lo creían causa de descrédito para el Arma.

Y es que se confundía el entusiasmo con la lógica. Había jefe que rechazaba el fuego á pie por creer que los jinetes, sin desmontar del caballo, pueden hacerlo y conseguirlo todo.

Hoy reconocemos que son tantas las novedades introducidas en beneficio de la utilidad de la Caballería en el moderno combatir, que se impone para la práctica de gran número de acciones que el jinete deje su montura y, requiriendo la carabina, conquiste á tiros la casa de correos de un pueblo que en el servicio explorador tiene que registrar; ó que defienda, con igual procedimiento, la estación aislada que ocupa una patrulla de una red investigadora, ó la venta que sirve de puesto de enlace y correspondencia.

4. Antes, y no hace muchos años, no se dejaba sola á la Caballería y estas funciones ofensivas y defensivas las realizaban destacamentos de infantería que hacían llegar siempre tarde á los jinetes ó los embarazaban en gran manera por llevar á la grupa infantes ó trasladarse éstos en el socorrido sistema de carros, cuya velocidad imponía la disminución de la suya á las avanzadas de Caballería,

La masa de los jinetes tiene el criterio de que lo que, á nuestro juicio, no muy bien llamado combate á pie, es un timbre más de gloria para el Arma, pues con aquel llenará cumplidamente, y por extenso, todas sus funciones sin ayuda ajená y sólo para las ofensivas serias contra poblados, caseríos, crestas de montaña, puentes, etc., les será necesario, no indispensable, el empleo de las baterías afectas.

De todos modos no creemos llegue frecuentemente el caso de que el cañón hable en los lances pequeños, constantes, de conquistar con el fuego un vado que dispute un pelotón de jinetes enemigos ó de tomar la linde de un bosque á cuyo abrigo esté establecido el vivac de un escuadrón y durante el tiempo que éste monta y sale por los flancos del bosque en gallarda actitud ofensiva, es decir, á derrotar al enemigo por la fuerza incontrovertible de las armas blancas.

5. Si no contásemos con la carabina, el espíritu jinete padecería. Habríamos de contemplar á distancia cómo los infantes nos conquistaban pequeños lugares ocupados, obstáculos de menor cuantía que, no obstante, serían insuperables para un regimiento de lanceros que, precisado á pasar por estrecho desfiladero, no tuviera medios propios de ahuyentar con unas descargas á minúsculos grupos enemigos, si posesionados de los flancos y crestas, se empeñaban en no dejar pasar á los jinetes, con no pocas probabilidades de lograrlo.

En cuántas otras ocasiones no sufrirían los núcleos montados erec las é inútiles pérdidas por no disponer de veinte ó treinta carabinas que oponer á otros tantos fusiles, que imposibilitarán el acceso á un puente, ó aldea, ó paso obligado.

6. A caballo se debe luchar siempre que se pueda, pero reconozcamos que no siempre se podrá.

General es este criterio cuando todas las Caballerías están dotadas de arma de fuego y se ha reglamentado el empleo de esas armas á pie, no para que se abuse de ellas, sino para lograr con su intromisión de los elementos de ofensa y defensa de la Caballería que ésta se baste en todos los casos para comenzar y terminar con éxito cuanto la guerra le exige.

Suprimido el pelear á pie se arrebataría á los jinetes

gran número de ocasiones de intervención; sería prescindir de no escasa aplicación del soldado de á caballo; sería quitar prestigio y fuerza moral á tan valiosísima parte del Ejército negándole medios de vencer á efectivos proporcionados de infantería, de ingenieros, á los contingentes de franco-tiradores, partidarios, guerrilleros, etc., que en toda guerra han de ser constantes adversarios del Arma, por combatir ésta en los límites del teatro de operaciones.

### **Casos en que se debe luchar á pie.**

7. Tratado suficientemente el tema, sentadas la base de que defendemos el empleo de la carabina y las pequeñas escaramuzas sostenidas por nuestros soldados, procuraremos exponer todas ó buena parte de las ocasiones en que los jinetes deben prescindir de la lucha á caballo.

Siguiendo el curso de los servicios que la Caballería presta en campaña, empezaremos por las unidades independientes que avanzan sueltas en busca de las enemigas.

En cuanto se fraccionen los regimientos, entramos en la necesidad de emplear el fuego.

Las secciones de vanguardias, las puntas exploradoras, las patrullas de los cordones, las parejas en cuanto se llegue al contacto, tendrán choques continuos con los grupos similares.

En los reconocimientos de lugares habitados, de desfiladeros, puentes, vados, bosques, alturas en series, estaciones férreas, ventas, casas de postas, conventos y otros edificios aislados; en las cercanías de pueblos grandes, en las revueltas de un camino, en los flancos de una garganta, en casi todos los sitios á que la investigación lleve á los jinetes, surgirá impensadamente la necesidad de detenerse, poner á cubierto los caballos, reunirse las secciones avanzadas y disponer rápidamente la ofensiva.

El oficial, el sargento, el jefe de patrulla, conocerá qué soldados son buenos tiradores. Estos desmontarán y con ellos solos tal vez baste para el objeto; los demás, permaneciendo á caballo, estarán en condiciones de rodear, cortar ó cargar, según los casos.

8. Cuando las unidades exploradoras tomen descanso, los pequeños puestos, los puestos á la cosaca algunas veces y, en las sorpresas, las grandes guardias, se verán precisados á rechazar á tiros á jinetes enemigos que, guiados por parciales, lleguen sigilosamente á los lugares situados bajo la acción del fuego de las avanzadas y, una vez descubiertos, se les recibirá por el fuego metódico y ordenado hecho por descargas y con toda la calma, serenidad y ventajas de la situación.

Recíprocamente, las unidades exploradoras rodearán con sus núcleos los sitios donde descansen los enemigos y, situados algunos soldados en parajes favorables, romperán vivo fuego sobre la línea de pequeños puestos, sobre las avanzadillas y centinelas, causando alarmas y favoreciendo con ellas el ataque de los grupos que, á caballo, se situaron en puntos convenientes.

9. Las tropas de Caballería usarán grandemente de la carabina en las operaciones de requisas, forrajeos, exacciones en los pueblos, al entrar y retirarse de éstos, en los que seguramente serán agredidos por las patrullas que salgan ó penetren en la localidad, favorecidos por los habitantes y cuerpos irregulares que en tales trances dan muestras de que no suelen ser enemigos despreciables.

No siempre las fuerzas independientes del Arma han de contender con otras de Caballería. Según la guerra y sus alternativas, será posible que las primeras, en su misión exploradora, luchen contra destacamentos de infantería que defiendan un sistema de sierras, la cuenca de un río, el perímetro de un campo atrincherado, el límite del bloqueo en los asedios de una plaza.

En estos trances las escaramuzas á pie abundarán; difícilmente las avisadas fuerzas defensivas darán ocasión para cargar; encerradas en fortificaciones ligeras, parapetadas en los riscos de los montes, ocultas en la orilla opuesta del río, que suponemos separa á los contendientes, no se mostrarán á descubierto y en cambio desde las trincheras, detrás de las peñas y de los árboles, fusilarían impunemente á las líneas de vigilancia montada, si en esta forma prestase el servicio más inmediato al enemigo. Mientras llega la infantería, se la substituye en el servicio de escuchas y centinelas; los relevos se hacen á pie, dejan-

do ocultos los caballos; se emplea la carabina de continuo y se fía al fuego lo que el sable, por imposibilidad absoluta impuesta por el curso de agua, por los cortes sobre precipicios, las líneas de trincheras y blockhaus, no puede decidir.

Siempre que adelantándose á la infantería propia tenga que ocupar y defender posiciones atacadas por el enemigo, lo hará por el fuego, suponiendo que los atacantes no constituyen núcleos superiores á los jinetes, pues en tales casos éstos evacuarán la posición, procurando atraer á campo libre al contrario para combatirle á caballo.

11. En los cantones y campos, la primera defensa será por el fuego, mientras montan y toman posiciones los escuadrones que no estuviesen de servicio. En estas sorpresas el enemigo será montado casi siempre y en cuanto se le distraiga y entretenga con el fuego de las líneas de servicio, irán montando desde las grandes guardias á las avanzadillas, coadyuvando á la acción general del resto de la unidad.

Por la noche, la defensa será siempre á pie. Para ello el terreno estará dividido previamente en sectores y en campaña, lo mismo en los grandes acantonamientos que en los campos de regimiento ó viva: de escuadrón, la defensa nocturna por el fuego debe ser asunto muy ensayado en la paz, para que hombres y caballos estén habituados á la sorpresa, descargas, voces, é inevitable desorden que se produce, desorden que es deber reducir á mínimas proporciones, haciendo que la serenidad impere, consecuencia del dominio que se tenga en el propio valer, basada en la costumbre de disponer la defensa y en el conocimiento y uso de la carabina.

12. Las secciones y escuadrones, con misión especial, combatirán á pie casi en todas las que se les asignen.

Abundarán los troteos en la conducción de convoyes, siendo preciso para su defensa lejana la disposición de guerrillas que alejen al enemigo. En los puntos peligrosos habrá que disponer grupos que los ocupen y rompan el fuego contra los adversarios que quieran prevalecerse de las dificultades del momento.

En las defensas inmediatas, cuando el convoy tiene que hacer alto; cuando carreteros, convalecientes, oficia-

les y todo el personal tiene que requerir un arma de fuego para rechazar el asalto, entonces la habilidad en el tiro, la disciplina, la del fuego, las condiciones del jefe, serán los factores que dispensen el triunfo.

13. En los casos de ocupación de estaciones ferroviarias, cuando se emplea una sección en volar obras de fábrica, en las destrucciones de las líneas de comunicación, mientras el núcleo de obreros labora, destruyendo ó recomponiendo, líneas avanzadas avisarán con tiempo la presencia del enemigo. En muchos casos convendrá rechazarle de lejos para que sus disparos no causen daño en los obreros, y les impidan realizar los trabajos con sosiego y entonces, los grupos vigilantes llevarán los combatientes á vanguardia, ocupando sitios dominantes, rompiendo el fuego desde ellos.

En las defensas de localidades, cuando sorprendida una sección por fuerzas superiores tenga cortada su retirada, se acogerá á edificios ó tapias, y el fuego, hecho en condiciones, puede proporcionarles la salvación, resistiendo heroicamente en todo caso, hasta el consumo de las municiones.

En los servicios exploradores habrá casos en que ocupado un caserío, lugarejo, etc., por jinetes, tengan que resistir en espera de los gruesos de la exploración y viéndose atacados, bien por los habitantes ó por los exploradores enemigos haya que acudir á la defensa por el fuego, de la iglesia, casa fuerte elegida ó de una parte del poblado, disponiéndolo defensivamente con barricadas y medios rápidos, estando en igual ó parecido caso al proceder defensivamente en los puentes, vados, etc. etc., cuando las tropas propias sean las ocupantes y el enemigo el empeñado en desalojarlas de los accidentes mencionados.

14. En las plazas sitiadas será el jinete un combatiente más.

Sin el cuidado de los caballos que, ó estarán en los cuarteles, ó habrán sido sacrificados para alimento, atenderá á su carabina y en la muralla, en la trinchera, en los reductos, donde se le dé puesto de honor, sabrá defenderlo con gloria demostrando que las diferencias de uniforme no influyen para que de los jinetes no pueda sacarse el mismo resultado que del mejor infante.

Además de esta última ocasión, combatirán los soldados de caballería desmontados y en unión de la infantería, cuando la Caballería sea de la empleada en la seguridad: la defensa de campos y cantones será mixta; en las defensas de lugares especiales, situados en el límite del terreno dominado por la división ó cuerpo, alternarán infantes y jinetes y en cuantas circunstancias no puedan éstos pelear á caballo evidenciarán que, si bien reservándolo para la excepción, les es familiar el uso del arma de fuego.

15. En los combates es donde rarísima vez tendrá éste lugar. Entraría el Arma, á poco que avanzase, en el terreno vedado, en el verdadero *combate á pie*. En las acciones serias no deben desmontarse los soldados de caballería, conceptuándose como excepción muy señalada la defensa por el fuego de las baterías afectas, cuando dicha defensa sea imposible á caballo por impedirlo el terreno.

Claro que entonces parece más natural que la infantería sirva de sostén á las piezas, pero si la escolta es de jinetes y no puede cargar al asaltante, el fuego decidirá la cuestión.

En cuanto á que, como dice el reglamento portugués, en campo raso se unan jinetes á pie á los infantes, para aumentar la extensión de la línea de fuego, ó su intensidad y efectos por la acumulación de proyectiles, ya entra en lo prohibido, ya es una incursión en el peligrosísimo terreno de las concesiones, haciendo que la Caballería se emplee como infantería, sin que razones poderosas (defensa de plazas, cursos de agua, etc.), lo abonen.

16. Quedan por tratar las emboscadas, las sorpresas, los grandes hechos de audacia en los que poco importa que los autores sean de esta ó la otra arma. Esos hechos son siempre sublimes locuras; de ellas está abarrotada la historia de nuestras guerras.

17. Pero en la normalidad de su acción, conste que hallamos muchísimas ocasiones de echar pie á tierra y tomar en las manos la carabina, pero no suponemos á ninguna de aquéllas con suficiente importancia para llamarlas combate y, aunque la lucha del jinete alejado del caballo sea luchar á pie, habrá que modificar la denominación para que al decir uno que es partidario ó no del com-

bate á pie, no se tomen tales palabras como expresión de aceptar ó negar las teorías *disolventes* fustigadas en páginas anteriores.

La frecuentísima intervención de la carabina en las misiones de campaña, no son precisamente combates.

Escaramuzas, ligeras acciones, tiroteos, alarmas, sorpresas, ataque y defensa de pequeños convoyes, copo de forrageadores y grupos en requisa, toma de edificios aislados, defensa de un puerto ó garganta; de una barricada que obstruye el acceso á un puente, son episodios, incidentes de las guerras, frecuentes, diarios, continuos, en los que la caballería á pie tomará parte cuando el suelo, los cursos de agua, el enemigo, las órdenes que tenga, su efectivo, misión, se los autoricen y ordenen.

Fuera de los casos dichos los jinetes olvidarán el arma de fuego, fiando su salvación en los casos desesperados, y el éxito en los demás, en esos dispensadores de gloria y honor que se llaman el sable, la lanza y el caballo.

### III

## EJECUCION DEL COMBATE A PIE

### Consideraciones.

1. Cuando se enseña á los jinetes esta parte de la instrucción reglamentaria siempre falta tiempo; la enseñanza ha sido rápida; los pelotones de reclutas han desplegado en los patios, explanadas y demás parajes, absolutamente llanos, en que se les adiestra; han formado la guerrilla, á lo sumo han puesto la rodilla derecha en tierra una ó dos veces, porque los pantalones de cuadra sufren mucho, y á las consabidas pitadas han dado media vuelta y desde la guerrilla acuden corriendo donde se halla el instructor, formando en línea detrás de él. Todo esto remeda el ejercicio tal como debe hacerse.

Cuando los reclutas están en estado de verificarlo á caballo, ni la decoración ni los procedimientos cambian.

En el mismo lugar donde se marean las tandas dando vueltas al reducido cuadrilongo, se practica la enseñanza del combate á pie. Desmontan unas cuantas veces; después de perder la paciencia el educador y los educandos con las varias numeraciones, la rectificación de errores, etc., y se hace algo que se parece á la disposición ofensiva por el fuego, pecando de rutinario cuanto ejecutan los reclutas y no enseñándoles aquello mismo de otro modo, con más vistas á la realidad, no siendo indispensable que desmonten precisamente los  $\frac{3}{4}$  del efectivo, sino procurando aplicar el ejercicio en consonancia con el terreno y los accidentes que se suponga van á ser atacados ó defendidos, haciendo que *las cosas les entren por los ojos* para que entiendan que no se les exige la ejecución matemática y exacta de ciertas ordenadas operaciones, sino que se les va á enseñar cómo deben aproximarse á una casa defendida ó cómo se las compondrán, en su día, para impedir que una patrulla de tiradores desaloje á una sección que vivaquee en un soto.

2. Por supuesto, que la sección de reclutas debe ir á ese soto, al río, al bosque, al puente, al vado, al terreno ondulado, y allí el oficial, con pocas palabras y muchos hechos, les dirá cómo se haría el cauteloso avance, cuándo romperían el fuego, con qué intensidad, rodeos del accidente en cuestión, manera de dominar el fuego enemigo, todo ello explicado sobre el terreno y haciendo lo que el oficial vaya manifestando las clases ó soldados ya instruidos.

3. Opinamos que desde las lecciones más elementales de esta parte de la instrucción se practiquen simulacros, lo que se llaman ejercicios de doble acción.

El sargento, con un grupo reducido, ocupa la linde, la cabeza de puente, los flancos de la angostura, las ventanas y tapias de una venta, las talanqueras de una estación, el terraplén de una vía. El oficial dirige el ataque y en el avance se tarda lo que preciso sea, coloca uno á uno á los hombres y les hace venir del lado del enemigo para que vean si se cubren ó no con el terreno sus compañeros de enseñanza.

Siguen después las prácticas con fuego simulado, gastando muchos cartuchos de fogueo si se quiere el día de la prueba economizar muchos más de guerra.

4. Obrar de otro modo es perder el tiempo: los reclutas no se forman cargo de qué es el combate á pie; los enemigos de él, en la forma empleada y defendida por nosotros, que también los tiene, critican, y con razón, las alineadas guerrillas, guardando hasta por centímetros los intervalos de hombre á hombre. Los caballos de mano se alejan así como 20 metros y de este modo todo es falso; no se aprende y sólo se consigue desacreditar el empleo del fuego á pie, perder mucho tiempo *sin sacar utilidad alguna* y engañarse todos creyendo que aquellos soldados que pasan de reclutas á *veteranos* saben combatir á pie, porque en eso, como en todo, se les da de alta.

5. Creémos que para algo más que para lo dicho se ha dotado al soldado de magnífica carabina repetidora que poco tiene que envidiar al fusil, al que aventaja para las escaramuzas que la Caballería ha de sostener, pues es más manejable, menos pesada y con iguales efectos que el fusil para distancias hasta de 2.400 metros.

Por el sólo hecho de tener en su poder el soldado jinete arma tan admirable, ha de conocer su manejo, limpieza, desarme, conservación y uso; sabrá de teoría del tiro nada más que la nomenclatura suficiente para que se exprese con propiedad al nombrar las partes del arma que posee, pero en lo relativo al aprovechamiento del terreno, del consumo de municiones, de la disciplina del fuego, de sus clases y empleo ¿por qué el jinete ha de saber menos que el infante?

Si su instrucción, en extremos tales, es deficiente, no vencerá jamás á una mediana infantería en los pequeños lances de guerra en que por su insignificancia juegan más la audacia, *picardía* y recursos del tirador que las concepciones geniales del jefe, que rara vez llegará á serlo un capitán.

6. Abominamos de las *maniobras infantiles* hechas por regimientos enteros, desplegados dos escuadrones en guerrilla, guardando escalonados las alas dos escuadrones en columna y cerrando la disposición ciento cincuenta caballos muy juntos y apretados, causando todo ello las delicias de los curiosos y ejercitándose el coronel, seguramente para el porvenir, en el mando de aquella columna mixta. Esto es ridículo, esto no es combate á pie, ni siquiera los que juzgamos errores, criticados en la primera parte de este estudio.

7. Ya hemos dicho que la utilidad á pie de los jinetes no tomará nunca los caracteres de *una batalla*; serán hechos fortuitos, rápidos, insignificantes, no precisamente por su importancia que puede ser transcendental, pero sí por la forma de desplegar, avanzar, rodear, retroceder y montar, retirándose á uña de caballo ó cargando briosamente, según cada ocasión lo ordene, con el imperio de la lógica, de la que tanto solemos olvidarnos.

Pues bien, variemos de procedimiento; enseñemos esta y otras partes de la instrucción individual y colectiva como deben enseñarse, mirando siempre *hacia la frontera*, hacia el sitio por donde aparecerá el enemigo, imbuyendo á la tropa la idea de que al entrar en la zona variada que constituya el siempre *variado* campo de instrucción, se va á operar como si á 2 kilómetros se viesan las patrullas enemigas.

#### EJERCICIOS PREPARATORIOS

8. Como nuestro soldado no está habituado á tales procedimientos, (no queremos decir que los extranjeros lo estén), hay que empezar por prepararlos teóricamente en el dormitorio primero, y prácticamente en el gimnasio, en el picadero, en el patio ó explanada del cuartel, después, procurando que adquieran la peculiar resistencia para tales ejercicios de combate, enseñándoles á trepar por árboles y tapias, á *correr*, á saltar. Se irá con ellos, á caballo, al campo experimental y en él se les enseñará á moverse con ligereza y cautela, á atravesar rápidamente los espacios de posición á posición, á aprovechar hasta la exageración todo lo que sobresalga del suelo y sea susceptible de ocultar á un hombre. Aprenderán á avanzar sin disparar un tiro, mientras no se tenga el conocimiento de que los cartuchos se van á aprovechar.

9. El pugilato establecido entre los defensores y los asaltantes estribará en ver quién descubre antes á quién. Los avances sólo haciéndose rigurosamente exagerados en punto á aprovechamiento de accidentes, serán posibles.

Como en la práctica se tratará de llegar á parajes desde los que el fuego del atacante sea eficaz, este y no otro resultado es el que hay que conseguir. Acercarse sin su-

frir bajas, por descubrirse los tiradores, hasta sitios próximos que permitan distinguir á los defensores y apuntarles; hasta ocupar lugares dominantes que ofrezcan las mismas circunstancias; hasta el arribo á puntos que, situados cerca de la retaguardia de la defensa, obligue á ésta á ceder el campo.

10. En nuestro *Proyecto de reglamento táctico* dedicamos algunos párrafos á la preparación *especial* que debe darse al soldado jinete si queremos que al echar pie á tierra esté ágil, ligero, ande de prisa, corra y se tienda vivamente, trepe por laderas escarpadas, pase un río con agua á la cintura, salte obstáculos, ascienda por barricadas, pase por vallas, por talanqueras y se ponga en condiciones de no hacer un triste papel ante tales obstáculos y accidentes á la vista de su enemigo infante y bajo la acción de su fuego.

En ello fundamentamos la importancia y extensión que dimos á dichos ejercicios preparatorios que creemos indispensables para no luchar con desventaja en todo, ya que alguna hay que suponer al jinete relativa á la teoría y práctica del fuego.

Observamos que el objeto de dichos ejercicios corporales, además de proporcionar desenvoltura y fuerza á los jinetes para que particularmente las empleen en el combate á pie, son una excelente y militar gimnasia que, junto con el volteo sobre el caballo de madera y sobre los de carne, deben constituir series de ejercicios que en los cuarteles deberían celebrarse substituyendo á las desacreditadas *instrucciones de grupas*, tan anticuadas como su denominación, causa de molestias para hombres y caballos.

Cámbiense esas horas de cuadra por otras al aire libre ó en el picadero, donde á pie ó á caballo verifiquen los soldados ejercicios de fuerza y agilidad y célebrense concursos, trimestrales de gimnasia y derivados, volteo y saltos con premios en metálico, diplomas, permisos especiales y creemos se conseguirá mucho en beneficio moral y material del soldado.

11. Fijándonos en el doble punto de vista de la utilización de los ejercicios preparatorios como facilitadores del mayor efecto útil en el combate á pie y como clases prácticas insustituibles para ocupar los ocios cuarteros, es

como, tal vez exagerando la nota, dedicamos regular importancia á la reglamentación de esas prácticas consiguiendo entre ellas el paso ligero, la carrera, salto de valla, cerca, setos, muros, parapetos, fosos y zanjas de profundidad y por ancho, paso de barrancos, cursos de agua, de tapias ó edificios, escalamientos con perchas, cuerdas, valiéndose de las carabinas, etc., etc.

La verificación de estos ejercicios lleva aparejado el éxito en la lucha á pie. No olvidemos el carácter de la aceptada por nosotros y en vez de enseñar á marchar escuadrones en guerrilla, imitando las evoluciones del orden abierto de un batallón, dediquemos todos nuestros esfuerzos á dar al soldado la ligereza que hoy le falta; enseñémosle á batirse solo, que es la mayor dificultad, porque aplicando todos sus conocimientos, habilidad, agilidad y destreza á la acción común, la patrulla, la sección, el grupo de éstas, saldrán con bien de los trances en que, por absoluta precisión de dejar el caballo, tengan que probar con la carabina en la mano que nuestros jinetes dominan toda su instrucción y que tan de temer son en las pequeñas acciones decididas por el fuego, como cuando á caballo y lanza enristre, hay que resolver bravamente á qué lado se inclina la balanza de la victoria.

### **Enseñanza y ejecución del combate á pie. Misión del tirador.**

12. Siendo la base de que partimos la de que el jinete posea una completa instrucción, en ella cabe y es parte no despreciable, la del empleo de la carabina, en su consecuencia quisimos que al soldado se le diese una educación profesional que le procurase por la práctica, el golpe de vista necesario para no exponer inútilmente su vida, eligiendo y aprovechando cuanto pueda resguardarle en los momentos en que hace fuego y ocultarle en los avances ó en los altos que los separan.

De este modo sacará el mayor partido de sus cartuchos, pues hará el fuego con calma y seguridad eludiendo el efecto de los disparos del enemigo. Ya lo hemos dicho que el conocimiento de la carabina en todos sus as-

pectos ha de ser completo y acabamos este programa de lo que ha de saber el soldado, con la enumeración de los ejercicios cuya ejecución ha de serle familiar, por lo repetida, procurando haber tratado tantos casos distintos que garanticen la dificultad de hallar uno nuevo que sorprenda.

El tirador sabrá desmontar, atar su caballo al del compañero y descolgar la carabina y depósito de municiones con pasmosa rapidéz, pues de prisa tendrán que hacerse estas cosas en los reconocimientos, en todos los servicios exploradores, en los de la seguridad, en las incidencias varias que hemos ya citado. Formará en silencio, marchará y hará alto con eficacia para su seguridad, desplegará con iniciativa en la elección de posiciones, hará fuego con buena puntería, dominará el afán de tirar mucho, reservará cuidadosamente sus cartuchos y se dirigirá á montar con celeridad, sin apuros, ni gritos, ni voces, viendo pronto su montura y, una vez á caballo, sacará el sable y se situará en su puesto en filas, mudo, correcto, tranquilo, esperando la señal de cargar.

Sabrá conducir sin fatigas ni embrollos uno, dos ó tres caballos, cuidar los de una fila ó grupo, cuando á un individuo se le encomienden los caballos de una fila ó patrulla. Si lo ha hecho muchas veces, conocerá los medios de aquietar á los animales y el modo de moverse con unos pocos; si está muy ejercitado, tendrá especial maña en conducirlos al encuentro de la guerrilla en retirada, en ocultarlos de la vista ó del fuego contrario, conservando intacto el depósito confiado á su pericia.

### **Combate de sección.**

---

13. En terrenos abiertos, llanos, sin obstáculos, cuando no se obre por sorpresa, sino que se conozcan por ambos adversarios los mutuos propósitos, no hay más remedio que acudir á los procedimientos de ataque semejantes á los de infantería.

Desmontada la sección (que es el núcleo más natural para estas escaramuzas) todo lo lejos que se pueda, sin que la gran distancia fatigue á los tiradores, se fiará á la

Jejanía la impunidad de los caballos de mano. Como se ve, hay aquí dos factores contrarios, constituyendo la mayor dificultad de lo que se llama combate á pie, y siendo la causa de que el caso que vamos á estudiar sea excepcional y se halle fuera de lo que nosotros pensamos de la lucha desmontados.

14. Logrado lo anterior, estando los caballos á cubierto, ó fraccionándolos en grupos de á cuatro con grandes intervalos si se combate en un terreno excepcional y á todas luces desventajoso (lo que debe evitarse) avanzará la sección en hileras separadas por espacios inversamente proporcionales á la distancia á que se encuentre el enemigo.

Estamos convencidos, y así lo expusimos en nuestro Proyecto, de que es imposible acercarse á una posición defendida sin aprovechamiento total del terreno, como tampoco se llegará á corta distancia de una posición si se emplean formaciones inadecuadas. El problema consiste en aproximarse al enemigo sin haber sufrido bajas.

Pues si se quiere abordar la posición en fila con intervalos, avanzando así desde lejos, sufrirán los atacantes prematuras pérdidas causadas por los mejores tiradores enemigos.

Formada la sección en hileras es muy difícil hacer blanco en un hombre á más de 500 m. y guardando la alineación en cada una de cabeza á cola, se puede marchar casi impunemente hasta los 300 m.

15. Entre tanto el oficial, ó alguna clase, por ambos flancos del terreno, harán reconocimientos de él y de la posición por si hallasen mejor sitio para llevar la fuerza; ver si hay probabilidad de envolver, *montando á caballo*, y en último término apreciar si existen reservas ó si se modifican en algo las noticias tenidas del enemigo, sin las que ningún oficial debe empeñarse en combates de esta índole.

En los altos, los individuos se tienden en el mismo orden en que van. Si el frente que ocupan las cuatro ó cinco hileras en que se marche es demasiado extenso, pueden avanzar en dos escalones cubriendo el segundo á parte del primero ó bien se divide la sección en dos grupos de hileras dejando un gran espacio entre aquéllos.

Siempre que los cabezas de hilera, que serán los tira-

dores distinguidos, vean á algún defensor, trasladarse efectivos de un punto á otro, parejas de centinelas que se retiran, etc., se detendrán y harán fuego. Los avances serán al paso largo y al final al ligero.

Antes de los 300 m. no debe romperse el fuego por la guerrilla.

16. Cuando se vaya llegando á esa distancia, á una voz, toque ó pitada de silbato, las hileras despliegan hasta situarse sus individuos en guerrilla con intervalos de varios pasos.

El despliegue se hará á la carrera para que el enemigo no tenga tiempo de fijar la puntería; durante él habrán hecho fuego los cabezas de hilera, si el enemigo se descubre. Ese despliegue tendrá lugar lo más tarde posible y los disparos no comenzarán precisamente porque se despliegue sino cuando, impacientes los defensores, se pongan á la vista.

Cuando comience el fuego será vivísimo, tendiendo á dominar, á abrumar y aturdir al defensor, lanzándose la guerrilla contra la posición y asaltándola.

Hay que evitar degenera la lucha en lento tiroteo, incierto y nunca decisivo. Si se ha avanzado con habilidad, si no se ha tirado por tirar, se puede en el momento decisivo hacer un gran consumo de municiones, pero hay que lanzarse pronto á la posición, pues no es la Caballería arma de espera, de calma y no ha de ser éste, no nos cansaremos de repetirlo, excepcional combate, el privativo y normal de las contiendas á pie.

17. Como se ve, tres partes tiene el combate: avance cauteloso, prudente y *defensivo*; fuego rápido eficaz, con manifiesta utilidad y lanzamiento osado, valiente, decidido.

Lo primero es inherente al espíritu guerrillero de nuestros soldados; lo último es propio de su arranque y acometividad; lo segundo, patrimonio ha de ser de la instrucción, de las prácticas de tiro y de fuegos, de explicaciones teóricas, de tardes pasadas en el polígono, de muchos cientos de cartuchos gastados, de una enseñanza que, como la del manejo de las armas blancas á caballo y la de los servicios de guerra, no cese durante toda la permanencia del soldado en filas.

Cuando una sección se decida á desmontar, á dejar su

elemento privativo el caballo, á prescindir del sable, hay que tener muchas probabilidades de tomar la posición; hay que evitar la retirada, perseguidos por el fuego, en busca de unos caballos que difícilmente se habrán podido acercar; hay que pensar maduramente si la sección, al echar pie á tierra, podrá volver á montar; si llegará á recobrar su papel jinete para perseguir al enemigo.

Por todo lo anterior insistimos en que sólo por fuerza se combate así.

18. Los caballos de mano deben avanzar en el último período. Las razones son las siguientes: se exponen á ser heridos, pero en cambio, disminuyendo su separación á los tiradores en 400, 500, 600 m., estarán aquéllos en grandes condiciones de montar y perseguir, ó de envolver ó de retirarse, en mucho menos tiempo que á pie, si es rechazada la guerrilla.

Cierto que la sección escapando por la velocidad de un enemigo no creído por su número, ofrecerá mucho blanco, pero la velocidad del galope largo, la disgregación de los jinetes ó la adopción de la columna de á cuatro con distancias de fila á fila, sustraerá pronto á la tropa á los efectos del fuego.

Si el hecho por la guerrilla atacante ha sido tan eficaz que los defensores han huido antes de que se asaltase la posición, si los caballos están próximos podrán montar enseguida los jinetes y, divididos en grupos, generalmente por lo menos en dos, emprender una inmediata persecución.

Los caballos, al aproximarse, habrán sufrido bajas de seguro, por más que haciendo el avance por un flanco ó evitando la marcha por el campo de tiro de la defensa, se podrán evitar aquéllas. Si ha habido algún caballo muerto ó herido, también habrá cabido tal desgracia á algunos hombres de la guerrilla, luego todos los de ésta hallarán montura.

Opinamos, pues, que en el último período del ataque los caballos avancen lo más á cubierto que posible sea, para que los tiradores los tengan cerca en las contingencias que el giro de la lucha impongan.

Lo contrario tiene graves inconvenientes.

Si el reconocimiento no ha sido bueno; si durante la lucha, y atraído por los disparos, se ha aumentado el

contingente defensor de infantería con alguna fracción montada é inopinadamente se presenta ésta para cargar, júzguese la desairada situación de la guerrilla con los caballos lejos.

Si monta, podrá ser desecha entre el fuego y los ataques á caballo, pero, entonces, reintegrados los soldados á su acción jinete, sabrán morir como corresponde ó, si así conviene, fiar la salvación á la velocidad de la retirada.

19. Para la posible evitación de estos daños somos partidarios de que el combate sea mixto. Verdaderamente que el efectivo de una sección, aun suponiéndola de 32 cabos y soldados, un sargento y un trompeta como nosotros la proponemos, no permite grandes combinaciones.

Permaneciendo ocho soldados, el trompeta y el oficial á caballo, pueden formar la guerrilla 18 hombres mandados por el sargento. 6 jinetes quedan ramaleando cuatro caballos cada uno y los tiradores puede disminuirse aumentando el de ramaleadores ó el de soldados á caballo, según la variedad de terreno, dificultades que ofrezca para la conducción de caballos, fortaleza de la posición, número aproximado de defensores, si tienen patrullas de caballería, etc.

La dificultad del sistema estriba en la ocultación del grupo montado. Pero como los terrenos son pocas veces llanos, como para algo se cuenta con la pericia del oficial, como nunca falta *algo* que pueda ocultar en todo ó en parte á ocho, diez ó doce jinetes, hallamos posible su inmunidad y su avance hasta situarse al flanco ó retaguardia de la posición.

La presencia del grupo montado hará desalojar la posición más pronto, y más veces, que el efecto del fuego ofensor. El temor al copo, al corte de la comunicación, hará evacuar casas, puentes, cortaduras, bocas de túneles, etc. En los casos de defensa de trincheras, túneles, puentes y parecidos accidentes, un envolvimiento oportuno por el grupo montado, puede producir la rendición de los defensores.

En los éxitos hay pronta una fuerza perseguidora antes de que los tiradores lleguen á los caballos, aunque éstos vayan al encuentro y pueden, enseguida de dominar los asaltantes la posición, cargar de flanco á los defenso-

res en huida ó avanzar paralelamente á su ruta para no impedir el fuego de los tiradores hecho desde la posición, haciéndolo rápido hasta que el terreno oculte á los vencidos, los que entonces serán cargados por los jinetes, montando entretanto los tiradores y acudiendo velozmente á completar la persecución, en auxilio de sus compañeros ó en su relevo.

En las retiradas, si los defensores no salen de la posición y emplean el fuego, el grupo á caballo se pondrá en salvo, unas veces; otras desmontarán rápidamente todos sus individuos, menos uno ó dos, y harán fuego sobre la posición para distraer el de sus ocupantes é impedir que lo dirijan sobre los ofensores que, por las pérdidas y el fracaso, no estarán en condiciones de contestar.

Esta intromisión por el fuego del grupo de jinetes, puede ser salvadora; distrae la atención de la defensa en dos sitios; los que se retiran se rehacen, hacen alto y frente y rompen nuevamente el fuego, ó montan intentando un envolvimiento por el lado opuesto al que ocupa la nueva guerrilla.

Si el enemigo domina en el asalto y sale de la posición, los jinetes, ocultos hasta entonces, le cargarán por el flanco é inopinadamente, cambiando la faz de la lucha.

19. Vemos, pues, que sólo ventajas proporciona el sistema mixto que preconizamos. Aparece así el empleo de los tiradores subordinado á la acción jinete; los desmontados, confiando no poco en la carabina, esperan más de sus compañeros que vislumbran emboscados entre un bosquecillo, entre los cultivos; que saben están ojo avizor esperando el momento de aparecer, cargando furiosamente, completando unas veces la acción del fuego, vendiendo otras sus efectos sobre los compañeros desmontados.

Los envolvimientos, causa de éxito en un noventa por ciento de ocasiones, son posibles, lógicos y la mayor fuerza de esta disposición tan favorable.

El oficial, á caballo, se siente mejor en su centro; dirige el todo del combate, pero más directamente la carga.

20. A quien arguya que dividida la sección en dos partes son ambas débiles, le haremos observar que esa unidad no será tan ciega que combata contra una compañía ó contra un escuadrón.

Los reconocimientos son para evitar estas sorpresas; los indicios, el golpe de vista, las confianzas, el espionaje, proporcionarán datos bastantes para que el oficial de una sección exploradora sepa con quién va á contender.

Cuando en el curso de la acción comprenda que está peleando contra un enemigo superior, recogerá su fuerza y se retirará á toda velocidad, siendo éste un éxito indiscutible, pues con esa prudente actividad ha evitado la destrucción de su tropa.

21. Cuando el terreno, ú otra razón imperiosa, no permitan el funcionamiento de este modo de combatir, no por ello prescindirá el oficial de parejas á caballo que vayan dando avisos sucesivos de la llegada de refuerzos; de si se retiran carros, acémilas, camillas, etc., indicios de próxima evacuación por los defensores de la posición atacada.

22. En la defensa, el fuego es eficaz; se rompe desde más lejos; los caballos de mano dejan de ser una preocupación teniéndoles protegidos y prontos para montar en cuanto se quiera y convenga.

Sin embargo, el grupo jinete puede impedir el asalto con sólo mostrarse.

Si sale de la posición y ocupa un lugar que domine el terreno por donde marcha la guerrilla atacante, ésta no se resolverá á avanzar temerosa de verse cargada por la espalda. Si el ofensor es de Caballería, el grupo puede dar un golpe de mano dirigiéndose á cubierto, ó no, á coger los caballos de mano indefensos siempre y, llegando á ellos, si no se pueden conducir, sacrificarlos, recogiendo los sables y parte del equipo, peleando entonces simultáneamente jinetes y tiradores con los atacantes cuya situación será desesperada.

De todos modos puede encontrarse una oportunísima intervención de los jinetes y una de ellas es emboscarse á un flanco de la guerrilla enemiga y, una vez desmontados, hacer dos ó tres descargas de gran efecto y montar para trasladarse más adelante ó salir decididamente contra el adversario si aquellas descargas le han debilitado notablemente.

23. Parece así que no se abdica de la cualidad jinete; se usa la carabina, pero no se olvida el sable; el fuego mata y hace retroceder, pero completan el desastre la acción del caballo y del arma blanca.

Así nadie repugnará el empleo de la forma de combatir á pie; dicho procedimiento no es esencial ni principal: está subordinado á la pelea corriente del Arma, la favorece y prepara, se completan mutuamente: puede desaparecer en buen hora la denominación de *combate á pie*, ya que tanto se lucha así como á caballo. Se saca de la carabina todo su producto; se extrae todo el jugo de una enseñanza *sui generis* en la que el jinete se ha adiestrado durante la paz, pero en vez de ver ese soldado una panacea infalible en su arma de fuego, envidiará á los que no han desmontado; su mirada se dirigirá, sin notarlo, al paraje donde presume están sus compañeros de sección, al acecho de la ocasión favorable.

Las guerrillas serán el cebo que atraigan al incauto á caer bajo los pies de los caballos y en toda ocasión, aún en aquéllas en que el oficial manda echar pie á tierra, porque á caballo no puede dominar el obstáculo que el enemigo defiende, no ha de faltar coyuntura favorable para que juegue el sable y se oiga el toque de carga.

24. No olvidemos jamás que cuando la Caballería, por mal montada ó peor dirigida, se acostumbra á combatir mucho á pie, llega á perder su valor como fuerza á caballo sin alcanzar del otro modo resultados análogos á los que logra la Infantería, debiendo contener en justos límites la fe en el arma repetidora y confiar siempre y más en las propias de la Caballería. Esta, en el servicio avanzado, puede y debe pasarse sin el concurso de la Infantería, pues en la defensa de toda clase de posiciones se agenciará por sí sola los medios de llevarla á cabo, ayudada por la construcción de obras elementales de fortificación ligera que todo oficial ha de saber dirigir y toda sección del Arma llevar á cabo rápidamente.

25. Resulta una vez más comprobado que la instrucción moderna es costosa, larga, como que dura mientras el soldado está en filas, pero llevándola á término se pueden obtener en España soldados que nada tengan que envidiar á los mejores del mundo.

Para lograrlo hay que educar teóricamente al individuo y luego practicar de continuo con él, desde su ingreso en filas á su licenciamiento.

Así entendemos la instrucción compleja, difícil y complicada de la moderna Caballería. Con arreglo á este par-

ticular punto de vista, como habría tiempo para todo, no vacilamos en asignar buena parte de las instrucciones del soldado, sección y escuadrón á la enseñanza del combate á pie.

### Combate de patrullas.

---

26. Estudiada la lucha por el fuego del núcleo sección fácilmente de él deduciremos lo que entendemos debe ser la acción de igual índole ejecutada por jinetes exploradores, por patrullas de una cortina de investigación, por un puesto de correspondencia que se ve atacado en el paraje elegido, por la escolta de un jefe de Estado Mayor, por el grupo de jinetes que acompaña en un raid á un oficial encargado de una misión arriesgada.

Estos pequeños núcleos desmontan todos sus individuos, menos uno ó dos, y tirotean con fuego rápido al destacamento de infantería que les ataca, al grupo de partidarios que les cierra un punto de paso obligado, á los jinetes que intentan un envolvimiento y para verificarlo están atravesando un curso de agua, un pantano, un terreno muy quebrado.

Entonces es la carabina la que impera. Cogido el enemigo por sorpresa, sufrirá bajas que, por pequeñas que sean, atendido lo exiguo del contingente total, han de constituir un daño irremediable.

Logrado el principal objeto, sorprender y hacer bajas, se volverá á montar para recoger, á caballo, la mayor parte de las veces, el resultado obtenido con el uso del fuego.

27. Esta alternativa es la mejor aplicación del arma repetidora que hoy poseemos. Quien emplee bien, con oportunidad y ojeada táctica ambos sistemas, el del fuego rápido hecho con sorpresa para el enemigo, desde puntos ventajosos, conociendo la distancia aproximada á que se encuentra *el blanco* y cuando ha hecho unos muertos y heridos sepa montar á sus tiradores y, con dominio del terreno, corta la retirada á los sorprendidos persiguién-

doles, dándoles caza y reduciéndoles á sablazos y lanzadas; quien esto haga será un buen jefe de tropas de Caballería. El que con 12 hombres consiga tales éxitos, también los logrará y más eficaces con 120 soldados.

### Combate del escuadrón.

---

28. Entre dos opiniones opuestas que á nuestra memoria acuden, la de Commés que dice ser este combate más difícil que el de una compañía y la de Schiliching, coronel de la Guardia prusiana, que niega tales dificultades, nos inclinamos al primero.

La compañía, por su instrucción, conoce el combate, ó debe conocerlo, sin que haya secretos ni sorpresas posibles para el capitán. La frecuentísima, mejor, la continua práctica de tales ejercicios darán á oficiales y tropa un absoluto dominio, desapareciendo los errores, anulándose las dificultades y dominando hasta aquellos factores que como el azar, la buena ó mala estrella, los ardidés, los casos semi-imposibles, puedan malograr el buen resultado de las concepciones del genio mismo.

En Caballería como hay otros ejercicios y prácticas más interesantes; como la lucha á pie es un accidente y no se le puede dedicar más que una parte proporcional del adiestramiento, tiene el capitán que suplir las posibles deficiencias de la instrucción con grandes conocimientos de la táctica de infantería no precisamente para aplicarlos estrictamente á su unidad, sino para preveer todos los recursos de los infantes y evitarlos y aún vencerles con iguales medios.

29. El combate de un escuadrón no ha de ser metódico con su avance, despliegues, fuegos, preparación para el asalto y ataque decisivo.

Empezando como el explicado para sección puede luego súbitamente suspenderse para desaparecer á la vista de un batallón del que la compañía ó secciones contra que se combatía eran la vanguardia ó sus puestos avanzados.

A lo mejor cesará el fuego y se retirará vivamente la guerrilla, sostenida por cargas de las secciones á caballo, en vista de que el enemigo toma resueltamente la ofensiva y sale de la posición. En tal caso la acción jinete se impone: hay que montar y entrar de lleno en el combate del escuadrón contra infantería.

Lo mismo en las defensas. Una comenzada, limitados los jinetes á contener con el fuego la amenaza de un asalto, puede convertirse por el buen efecto causado con los disparos, en una persecución en toda regla porque el enemigo esté en retirada y llegue el instante de echarle los caballos encima.

Con estas ligeras observaciones queremos indicar que subsiste para el escuadrón el especial modo de batirse á pie que establecemos.

En el ataque, rara vez desmontará el capitán. Aunque á caballo ofrece mayor blanco, como él no ha de dirigir la guerrilla, sino el todo, puede alejarse de la línea de fuego y abarcará mejor el terreno y las fuerzas combatientes.

30. Lo mismo en nuestro reglamento que en el francés, portugués é italiano se fracciona el escuadrón en cuatro partes, por más que la guerrilla y el sostén se fusionan pronto.

En el reglamento portugués se da una amplitud desmedida á la evoluciones de la guerrilla, llegando á preverse, con variados y metódicos procedimientos defensivos, la carga de grupos jinetes enemigos á la línea de fuego.

Hácese mención de medias lunas, círculos y corchetes defensivos constituídos estos últimos por el sostén, á nuestro juicio con escaso sentido práctico.

Sólo en una especial defensa desmontará más de la mitad del escuadrón, luego habiendo grupos á caballo no concebimos apenas que los desmontados se vean acometidos de cerca por jinetes. Los propios irán á la altura de la guerrilla, por uno ó los dos flancos, en extremo vigilantes, dispuestos á caer instantáneamente sobre los primeros jinetes que á la vista se presenten.

Únicamente en terreno muy cubierto, en bosques, manguas, selvas, etc., puede admitirse que la guerrilla tenga que adoptar las disposiciones defensivas de la infantería en su lucha inmediata con los jinetes.

31. El reglamento francés es el más semejante a nuestro.

Del portugués señalaremos las principales diferencias.

No vemos la necesidad de que en la enseñanza tengan que avanzar 15 metros la segunda fila y 20 la primera de las secciones que desmontan. Lo real es desmontar sobre el propio lugar que ocupe el escuadrón. Esto es general, lo otro habrá casos en que no pueda realizarse y la enseñanza debe ser lógica y general.

También echan pie á tierra los individuos que guardan los caballos de mano y que por cierto son dos por cada 12 caballos, lo que para el avance, consecuencia del ataque, es excesivo. Lo de que los caballos los conduzca un soldado á pie es discutible. Cierto que tendrán los caballos que ir al paso, pero tal vez los conduzcan sin enredos. A caballo los ramaleadores llevan perfectamente tres caballos con el suyo; el cuarto es el que todo lo descompone, según la práctica nos lo ha demostrado. Con tres se puede trotar, con cuatro no.

Tan sólo una gran práctica en los hombres y en los caballos es garantía del éxito.

De todos modos negamos que un individuo pueda conducir bien sus caballos y menos yendo á pie. Para la defensiva nosotros vamos más lejos, dejamos 12 al cuidado de un hombre... y al de la providencia.

32. La práctica, hasta ahora, es que los grupos de caballos quedan distanciados. Esto ya lo hemos aconsejado para la sección, aún antes de conocer esta particularidad del reglamento portugués.

Prolijo éste en demasía, dedica sendos párrafos al modo de constituir los grupos de ramaleadores desde la línea, columna de secciones, columna de á cuatro y cuando las secciones tengan 15 hileras.

Todo ello es demasiado; se aleja de la realidad, pues ésta presenta siempre casos nuevos y á veces distintos de los estudiados.

Los detalles no son para reglamentados. En cada caso se practicará aquello que en los ensayos verificados se hizo y que más se parezca á la ocasión presente.

33. Para montar se previene que primero metan la carabina en el estuche. Esto atenta contra la rapidez del

movimiento y debe desecharse. Si hay tiempo, no hallamos <sup>el</sup> conveniente, pues no se monta muy bien con la carabina á la espalda, pero no creemos se reglamento una cosa que en la práctica no se haría, sino que si el enemigo apura se montará con carabina, aun cuando el reglamento diga lo contrario.

34. Los caballos de mano, en terreno excepcionalmente descubiertos, los sitúa el reglamento de que hablamos á 800 ó 1.000 metros, pareciéndonos excesiva la distancia.

Solamente en casos de absoluta precisión se combatirá á pie en tan desventajosas circunstancias. Tener los caballos á un kilómetro, es correr el albur de ser deshecha la guerrilla por el fuego sin poderse substraer á él por la retirada veloz y oportuna, ya que el terreno se presenta en el ejemplo supuesto tan poco favorable al ofensor.

35. Aunque muy sucintamente admite la instrucción portuguesa el empleo de los grupos á caballo, pero no le da la amplitud que nosotros deseamos.

En Italia los pelotones que desmontan se separan en dos escuadras.

Este sistema de fraccionar la guerrilla puede ser convenientísimo. Supone, si cada fracción de guerrilla lleva su reserva á caballo, una serie de ataques simultáneos y convergentes que para cierta clase de localidades se resolverán con la consecución del éxito, ó sea el abandono de la posición por sus defensores.

36. El reglamento italiano encarece que en cuanto se pueda impere la acción á caballo, ya por los pelotones de reserva, ya montando todo el escuadrón.

Igualmente tiende mucho á que no se carezca nunca de patrullas jinetes para guardar los flancos.

Como aquí, un soldado por fila se cuida en ciertos casos de todos los caballos; generalmente y en particular cuando se presume que los caballos harán falta pronto, sólo echarán pie á tierra la mitad, y los  $\frac{3}{4}$ , en los casos intermedios.

37. En el aprovechamiento del terreno se llega al aislamiento de los tiradores.

Entonces se revelará su buena ó mala instrucción. Por lo mismo nunca es bastante cuanto se haga porque en la paz se tengan conocidísimas todas las variadas circunstancias en que la guerra pondrá á un escuadrón.

Nada nuevo se consigna referente al sostén á pie.

En el ataque se da la voz ¡á la bayoneta! y, según la costumbre italiana, se añade la palabra ¡Saboya! No hay que olvidar que la carabina lleva un estilete, oculto de ordinario á lo largo de la caña.

Se advierte que los hombres se agrupen detrás del oficial ó clase que los lleva al asalto.

Indudablemente que en raros casos podrá llegarse así á la posición. Si el enemigo ha huido, el asalto tendrá el mejor resultado; como el enemigo espere y no haya embestida por los flancos, ó los pelotones montados no hayan señalado su presencia y no carguen contra la retaguardia de la defensa, opinamos que no les será fácil á los asaltantes apoderarse á viva fuerza de lo que en cada combate constituya el objetivo.

Razón de más para que el director de la lucha vea si no sacrificará varios tiradores inútilmente y, antes de lanzarlos contra los defensores parapetados, tratará de dominarlos por el fuego desmontando las mitades de los grupos á caballo, ó sus  $\frac{3}{4}$ , y dirigiéndoles contra los flancos del enemigo.

38. Mucha importancia da el reglamento italiano á la acción de las secciones montadas. En esto estamos de completo acuerdo, como en la generalidad de los principios sustentados.

No hay duda: esas secciones, juntas raras veces, fraccionadas cuanto más cubierto sea el suelo y mayores los accidentes que conduzcan á la posición atacada ó defendida, realizarán en pequeño la misión encomendada al Arma en el combate general; protegerán los caballos de mano de amenazas exteriores; serán una constante preocupación para los defensores ó atacantes; evitarán los asaltos, favorecerán los propios y en las retiradas del enemigo no le dejarán sustraerse al sable, si el terreno les protege del fuego hecho por los vencedores y, en caso adverso, como salgan á campo libre con ánimo de perseguir á los tiradores é impedirles montar, podrán dar buena cuenta de ellos las cargas de los jinetes.

39. En nuestro *Proyecto* consignamos gran número de reglas para los avances de la guerrilla normalmente á la dirección de la marcha y paralelamente á la posición; sobre el momento de romper el fuego; deberes en él de

los oficiales, etc., sólo añadiremos que con los elementos de un escuadrón de cuatro secciones son variadas las combinaciones factibles coronadas por el éxito cuando el enemigo sea infante, por tener que pelear con tiradores y jinetes. Estos amagarán cargas para que las guerrillas enemigas se agrupen ó concentren, si ocupan gran extensión en la defensa.

En tales momentos arreciará el fuego ordenándose el asalto ó un avance general cuando, por cesar el amago de los montados, vuelva el adversario á ocupar los anteriores parajes.

40. En la persecución habrá casos en que los tiradores hagan fuego desde la posición y las secciones flanqueen al enemigo en su huida sin caer sobre él hasta que se vea que no sufren los efectos de los tiros. Entonces convergerán los jinetes sobre los que huyan.

41. En la defensa nos parece buen sistema ocupar las laderas de un desfiladero, la orilla de un río á ambos lados de la cabeza del puente defendido; las casas laterales á la entrada obligada de una población, á la vez que se defiende con trincheras, zanjas, barricadas, etc., la embocadura de los dichos accidentes.

El enemigo tiene que distraer mucho el fuego de su línea mientras que sufre el convergente y aún cruzado de las varias fracciones defensoras.

En los vencimientos, ya lo hemos dicho, la salvación de los tiradores estriba en el valor y oportunidad de sus compañeros de á caballo.

42. Respecto al fuego no hay más remedio que llevar una acémila por sección que forme parte del tren de la unidad superior.

Por pocas luchas por el fuego que sostenga, le será fácil quedarse sin cartuchos antes de que se pudiera reponer de ellos por su incorporación á la P. M., terminado el servicio que le estuviere encomendado.

Durante el combate jinetes sueltos llevarán bolsas especiales llenas de cargadores, dejándolas en manos de uno ó dos tiradores que se destaquen á su encuentro para evitar su excesiva aproximación á la línea de fuego.

En caso necesario entregarán sus cartuchos los soldados que cuidan de los caballos de mano y los que no han desmontado.

Sin embargo, es mejor el sistema anterior de municionamiento porque las secciones á caballo pueden necesitar sus tiros para vencer una gran resistencia de los defensores y evitar con su fuego hecho por los flancos que se dé el asalto, logrando la evacuación del puesto por el enemigo sin más pérdidas que las de la cartuchería consumida.

### Conclusiones.

---

43. Lo anteriormente expuesto es, como en sección, lo anormal en punto á combates á pie del escuadrón. Es su límite superior, al que pocas veces se llegará.

De lo relatado á lo real habrá poca ó mucha diferencia. Mejor es estar dispuesto á emprender lo grande que no por falta de preparación ser vencido por lo pequeño.

Los ensayos en la paz, la realización de ejemplos raros, la previsión hasta de lo poco probable, la ejecución de algo que de lo corriente se salga, son los medios necesarios para que un escuadrón desmontado sepa vencer.

44. Ya sabemos que el combate es mixto: constituye en nosotros una obsesión que reconocemos; el combate á pie, exclusivamente á pie, fuera de las defensas nocturnas y las de plazas, con otros casos notablemente particulares, no debe existir.

Toda la gran cuestión debatida debe limitarse á lo siguiente: La Caballería usa la carabina cuando ni el sable ni el caballo le pueden dar la victoria.

Los jinetes no tomarán el carácter de infantes sino eventualmente, por poco tiempo, mirando siempre atrás, al punto donde relinchan de impaciencia los caballos, acordándose mientras hacen fuego de que el sable está allá en la montura inactivo y deseando oír la voz ¡á caballo! para correr á él, requerir el arma genuina de su instituto y correr hacia el enemigo demostrándole el empuje, el vigor, el ardimiento de la Caballería, como momentos antes probó su disciplina en los fuegos y su buena puntería. A ésto hallamos reducido el problema que tanto apasiona.

45. Aunque persuadidos de la deficiencia de nuestra labor, llegamos satisfechos á su término. Hemos dicho nuestra opinión sobre lo que debe ser *el combate á pie*.

Hagan lo mismo los que en el Arma tienen autoridad y el autor de este estudio, y cuantos se preocupan de las cuestiones palpitantes, se lo agradecerán.

ELISEO SANZ



